EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

MONEDA CORRIENTE,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

3

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Articulo por articulo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... reshala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alareon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo
Juan sin Tierra
Juan sin Pena.
Jorge el artesano
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos español
Los dos inseparables.
La pesadilla de un caser
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bra
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernand
Las florcsi de Don Juan.
Las aparrencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (al
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta
La peor cuña.
La choza del almadreno.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

MONEDA CORRIENTE.

MONEDA CORRIENTE,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR.

Representada en los teatros Principal de Valencia y Novedades de Madrid en las noches del 27 de Octubre y 20 de Diciembre de 1864.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

REPARTO.	VALENCIA.	MADRID.
LUISA.....	D.ª Enriqueta Liron..	D.ª Cándida Dardalla.
ENRIQUETA..	D.ª Matilde Granados.	D.ª Amalia Raso.
JULIAN.....	D. José Mata.....	D. Ramon Mariscal.
RICARDO.....	D. Alfredo Maza.....	D. Antonio Zamora.
EL MARQUÉS.	D. Ramon Medel	D. Benito Pardiñas.
EL BARON...	D. Angel Medel	D. Juan Garcia.
ARTURO.....	D. N. Moron.....	D. Ricardo Calvo.
JUAN.....	D. José Medraza.....	D. Urbano Obon.

Una voz de niña.

Acompañamiento.

La accion en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor; y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traducion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y d cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. D. JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

En testimonio de gratitud,

El Autor.

612954

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/monedacorrientec2203gasp

ACTO PRIMERO.

Sala de conferencias en casa del Marqués, lujosamente decorada para un baile. Puertas laterales, y otra grande al foro que deja ver salones en crujia profusamente iluminados y llenos de gente que los cruza sin cesar. Lujo y ostentacion en los menores detalles.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA y LUISA, sentadas. Detrás de estas y de pie el BARON, ARTURO y JUAN conversando entre sí.

BARON. Lujo asiático, oriental
hasta en los detalles ves.
Concedamos al Marqués
que tiene un tacto especial.
JUAN. Reconozco en él un tino...
ARTURO. ¡Pero qué magnificencia!
BARON. Deja atrás en opulencia
los palacios de Aladino.
Y para hacer mas divinas
las gracias que lo embellecen,
en dulce coro nos mecen
de sílfides y de ondinas,
que cual leves se deslizan
y el mar rizan al pasar,
así las olas del mar

de las ilusiones rizan.

LUISA. Sublime, Baron, te admiro;
que aunque está al dolor sujeta,
tambien agita Enriqueta
las almas con un suspiro.

ENRIQ. Gracias. ¡Siempre tan amable!

BARON. Fué justa en esta ocasion.

ENRIQ. Me parece que el Baron.
es un poco impresionable.

LUISA. ¿No es verdad que está muy bella?
(Todos afirman.)

BARON. (Ap.) ¡La envidia la está royendo!
(Alto.) Navegara yo teniendo
por norte tan clara estrella.
(La conversacion se hace general. Juan y Arturo se aproximan.)

JUAN. (Ap. á Arturo.)
¡Qué linda está con los rizos!

LUISA. (Con mucha intencion.)
Debe estar desesperado
por verse el Baron privado
de tus mágicos hechizos.

JUAN. (Ap. á Arturo.)
¿Qué es compararla al Perú?

ARTURO. (Ap.) Hacerla una ofensa.

JUAN. (Ap.) Opinas...

ARTURO. (Ap.) Si; porque hay en Perú minas
que ahora no recuerdas tú.
Que si Dios con su bondad
le dió de plata un arcano,
tambien hay minas de...

JUAN. Es llano;
tienes razon; es verdad.

LUISA. Temo la causa entrever
de esa tristeza profunda.

BARON. Depamos en qué se funda.

LUISA. Pues mucha atencion.

ENRIQ. ¡Mujer!

LUISA. Hace un mes que con su porte,
sin saber cómo ni cuándo,
se viene un jóven captando
la admiracion de la córte.

Tiene expresivo semblante,
dulce y lánguida mirada,
y una cabeza rizada,
y una figura elegante.
Solo en Madrid se presenta:
no lleva á nadie consigo:
ni da la mano á un amigo
ni una tertulia frecuenta.
De ignorado ministerio,
de mas ignorado nombre,
nadie conoce á tal hombre,
siendo el tal hombre un misterio.

BARON. Se dice que es un artista.

LUISA. ¡Gran génio en él reconozco!

ARTURO. No caigo...

JUAN. Yo le conozco.

LUISA. ¿Le conoce usted?

JUAN. De vista.

BARON. Saber el fin ya me inquieta
de esa historia decantada,
por ver en qué está ligada
con el dolor de Enriqueta.

ENRIQ. Tontunas que esta se forja
queriéndome acriminar.

LUISA. La mujer no por amar
es ya una Lucrecia Borja.
Que ese noble sentimiento
siempre es en tí mas plausible,
uniendo á un alma sensible
tu virtud y tu talento.

BARON. ¿Con que era amor?

LUISA. Ya lo ves.

BARON. Es claro; con prendas tales...

ARTURO. (Ap. á Juan.)
Chico, hemos quedado iguales
el Baron tú y yo, los tres.

ENRIQ. Basta ya: tal vez el hombre
la idea alimentó un dia
de una muda simpatia
que no merece otro nombre;
y os hablo en este momento
como en presencia de Dios.

Nada existe entre los dos;
ya sabes que nunca miento.

LUISA. Bien; no te pongas tran grave
por una puerilidad:
ya sé que dices verdad;
que en tí mentira no cabe;
mas siento en esta ocasion,
sin que mis frases te arguyan,
que á tus ojos se destruyan
los méritos del Baron.
Debieras premiar su afan.

ARTURO. (Ap. á Juan.)
¡Qué celosa está! ¿la ves?

JUAN. Ah, señores, el Marqués
se acerca aqui con Julian.

ESCENA II.

DICHOS, JULIAN y el MARQUÉS.

MARQ. ¡Hola! Huyendo del calor...

LUISA. Perdidos en digresiones...

BARON. ¡Cómo estan esos salones!...

JULIAN. ¡Qué riqueza! ¡qué esplendor!

ENRIQ. (Ap. á Luisa.)
¡Qué cabeza tan volcánica!

JULIAN. Digno es hoy cuanto nos cerca
del nuevo embajador cerca
de su majestad Británica.

BARON. Contais con títulos mil...

MARQ. No.—(Ap.) ¡Servil adulador!

ARTURO. Es justicia, no favor.

MARQ. (Ap.) Otro adulador servil.
(Alto.) Yo...

JULIAN. Justicia, nada, nada.

JUAN. ¿Quién pudiera merecer...

JULIAN. (Ap.)
Ya todos queremos ser
secretario de embajada.

MARQ. (Excusando la conversacion.)
Pongamos aqui unos puntos,
y si no hay inconveniente
mañana familiarmente

comeremos todos juntos.
(Se dirige hácia Enriqueta, que está sonriéndose con Luisa.)
¿Ya levantas la cabeza?

LUISA. Ya he podido conseguir
verla hace poco reir
y disipar su tristeza.

ENRIQ. Me encuentro mas aliviada
y aun predispuesta á la risa.
Mi enfermedad dice Luisa
que es estar enamorada
de un jóven desconocido.

JULIAN. ¿De rizada cabellera?

ENRIQ. Si, que seduce á cualquiera.

LUISA. (Á Julian.)
Tú tambien has advertido...

JULIAN. Yo sé que por aqui pasa...

ART., el BAR. y JUAN.—¿Le conoces tú?

JULIAN. (Por el Marqués.)
El señor
me dispensa hoy el honor
de presentarle en su casa.

ENRIQ. ¿Cómo?

JULIAN. En el instante. Digo,
si usted permite... (Al Marqués.)

MARQ. Si tal:
es hijo de un general
que fué mi mejor amigo.
¡De esclarecida memoria!

LUISA. No soy yo sola: ya ves (A Enriqueta.)

BARON. Pero sepamos quién es.

ART. y JUAN. Si, si.

LUISA. Cuéntanos su historia.

JULIAN. Digna es en verdad de un bardo
que pulse lira sonora.
Ricardo nació en Zamora.

ENRIQ. ¿Con que es español, Ricardo?

JULIAN. Y español que á nadie engaña
si en mirarle no anda ciego;
que aquellos ojos de fuego
no nacen mas que en España.
Su padre, soldado fiel

y en amor patrio deshecho,
lleno de heridas su pecho
y su frente de laurel,
cuando acabó la campaña
trocó con profunda pena
la calma glacial de Viena
por la sonrisa de España.
Melancólico vivia,
sin mujer, sin un amigo,
hastiado del mundo, abrigo
buscó en la filosofia.
De máximas yendo en pos,
sentó, al trazarse la ruta,
que la verdad absoluta
tan solo reside en Dios.
Que al decir: «Es tal mujer
la misma virtud andando,»
por apariencias juzgando
lo llega el mundo á creer.
Mas tal vez la casta diva
para hacer mal se recata;
se ignora, el mundo la acata;
luego es verdad relativa.

LUISA. ¡Qué máximas!

MARQ. ¡Pobre Rubio!

BARON. Á su númen se parecen.
Nacen y se desvanecen
cual las brumas del Danubio.

JULIAN. Lo acertaste. Á aquel valiente
filósofo contumaz,
llegó á alterarle la paz
el grito de una indigente.
Á una niña llorar vió,
huérfana, proscripta, sola;
dudó al punto: era española;
pensó en su patria y creyó.
Sordo á las voces mundanas
cifró en su esposa su anhelo
volviéndola al patrio suelo,
siendo el honor de sus canas.
Pero pronto agudo dardo
en su pecho se clavó,

que ella la vida perdió
dando la vida á Ricardo.
Pensaba en su lobreguez
mantener su ilusion viva;
vió la verdad relativa,
y es claro; dudó otra vez.
Prescindiendo del cariño
y acariciando su tema,
resolver quiso el problema
de hacer feliz á su niño.
Y á Alemania voló al fin
á su casa solariega,
donde otro rumor no llega
mas que, lejano, el del Rhin.

JUAN. Si Dumas pilla el raudal
de esa novela, colijo...

JULIAN. Si le pilla, no hay de fijo
quien conozca al general.

LUISA. Es sublime.

ENRIQ. Interesante.

BARON. Prosigue la relacion.

ARTURO. (Ap. á Juan.)
Yo no lo creo.

JULIAN. Atencion,
que aqui viene lo importante.
Basó el pobre en su locura
como en sólidos cimientos,
que el no tener sentimientos
constituye la ventura.
Por lo cual su educacion
comenzó con entereza,
por labrarle la cabeza
sin tocarle el corazon.
Encerrado en una estancia
no dejó que le besase
la nodriza, ni le hablase
mientras duró su lactancia.
Creció y siempre en reclusion
con su Ricardo vivia,
y á nadie le permitia
que entrase en la habitacion.
Le adoraba con exceso;

pero á no estar convencido
de tenerle ya dormido,
no le daba nunca un beso.
Que aunque su pecho taladre,
no ha de comprender su niño
ni aun el nombre de cariño,
ni amistad, ni amor de madre
Y en tamaña obcecacion
le inculcó su propia ciencia,
bañándola con la esencia
de la santa religion.
Y entre Balmes, Chateaubriand,
Malte-Brún, Cantú y Rioja,
lejos del mundo le arroja
viendo colmado su afan.
Y exclama, trémulo el labio,
satisfecho y conmovido:
«Ya tengo un recien-nacido
con la cabeza de un sábio.»
Pero el destino nos trunca
siempre el ensueño mejor.
¿Pensaria el buen señor
que no se iba á morir nunca?
Se puso á explotar la mina,
y al descubrir el filon
se acabó la explotacion
con su muerte repentina.

BARON. Claro está. ¿Quién se promele
vivir siempre?

MARQ. ¡Pobrecillo!

ENRIQ. ¿Y él lloró?

JULIAN. Como el chiquillo
á quien quitan un juguete.
Por consejo vino aqui
de su antiguo mayordomo,
y excuso decir el cómo
ni cuándo le conocí.
No lleva á nadie consigo.
Solo yo, sin que os asombre,
me envanezco con el nombre
de su mentor y su amigo.

ENRIQ. ¡Qué historia tan peregrina!

LUISA. ¿Y es rico?
JULIAN. Mucho.
MARQ. (Ap) ¿Hay filon?
Pues quedará alguna accion
para explotar esa mina. (Mirando á Julian.)
JULIAN. Sensaciones á millones
nuestra sociedad le ofrece,
y él al impulso obedece
de esas mismas sensaciones.
Yo tengo que reprimirle
mil veces sus arrebatos,
y paso muy malos ratos
para poder reducirle.
¡Es lo mas original!
Ayer volviendo del Prado
me dice: «¡Estoy muy cansado!»
y se sienta en un portal.
No es esto que yo le ultraje.
Lleva un libro de memorias
donde apunta sus notorias
impresiones de viaje.
Recibe alguna impresion;
y quiera usted ó no quiera
saca el hombre su cartera
y apunta la sensacion.
Y á no ser, porque, señores,
gran ciencia hay que concederle,
era cosa de ponerle
chichonera y andadores.
LUISA. ¿No vas por él?
JULIAN. Al momento. (Sale).
(Se oye un rigodon.)
ARTURO. Ya empieza el baile.
TODOS. Al salon.
(El Baron va á darle el brazo á Enriqueta que esta rehusa.)
ENRIQ. Gracias: me quedo, Baron.
(El Baron le ofrece el brazo á Luisa á tiempo que ella admite y se apoya en el de Arturo.)
LUISA. Llegas muy tarde: lo siento.
(Con intencion y despecho. Vánse todos menos Enriqueta y el Marqués.)

ESCENA III.

ENRIQUETA y el MARQUÉS.

MARQ. Ya todos van disputándose
la explotacion de ese jóven,
para blanco de sus sátiras
y de sus befas innobles.
Miserable condicion
es la condicion dál hombre,
que con hipócrita máscara
sus sentimientos esconde.

ENRIQ. ¿Pues por qué, lejos del mundo,
puesto que el mundo conoces,
no vamos á que renazcan
tus marchitas ilusiones?
¿Por qué en lugar de la atmósfera
pesada de los salones,
no respiras el ambiente
perfumado de las flores?

MARQ. Porque al lanzarnos al piélago
la corriente nos absorbe,
y nuestras almas se agitan
en el mar de las pasiones.
Porque la voz del ridículo
nuestra conciencia corrompe,
y ante esa voz maldecida
solemos temblar los hombres.
Y sobre todo, por tí.
Porque al contemplar tus dotes,
trato de halagar tu vida
con mentidas ilusiones,
que el esqueleto del mundo
sepan cubrirte con flores.

ENRIQ. ¿Y si ese mundo ficticio
lejos de brindarme goces,
fuera tan solo la causa
de que mis lágrimas broten?

MARQ. No te comprendo, hija mia.

ENRIQ. Sin embargo, ya conoces
que estas galas, estas joyas,

las luces de los salones,
la pompa y la vanidad
en que se consume el hombre,
para las almas sensibles
no tiene mas que dolores.
Muchas veces cuando el llanto
por nuestras mejillas corre,
con hipócrita sonrisa
le ahogamos fingiendo goces
que adormecen, que envenenan,
que matan los corazones.
Mentimos una amistad
que el pecho no reconoce;
la frivolidad nos cerca,
la mentira nos absorbe,
y hasta al fingirnos placeres
alimentando ilusiones,
la cabeza nos domina;
mentimos tambien entonces.

MARQ. Comprendo ya la razon
que motiva tus dolores:
tu corazon al impulso
de otro corazon responde,
y como el primer amor
toda el alma nos absorbe,
no hay mas mundo para tí
que el cariño de aquel hombre.

ENRIQ. No tal.

MARQ. Sé franca, Enriqueta:
si me robas tus amores
tengo una parte en tu dicha
que no quiero que me robes.

ENRIQ. Pues bien, es verdad... Ricardo...

MARQ. Pero por eso no llores,
que si el amar fuera un crimen
tú no le amaras entonces.

ENRIQ. Temí que tú...

MARQ. Yo soy padre.
¿Y él á tu amor corresponde?

ENRIQ. Si hablan los ojos, los suyos
su pasion dicen á voces.
No obstante, esto es un arcano

que hasta carece de nombre.
No es la muda simpatia
que indiferente se acoge,
ni el amor que á nuestro oido
viene articulando voces;
es un silencio elocuente
que hablando á los corazones
como al imán el acero
por atraccion se responden.

MARQ. Pero antes medita bien
á todo lo que te expones.
Ricardo lo que es el mundo
todavia desconoce.
Si mañana se arrepiente
de su amor, ¿qué es de tí entonces?
Por otra parte, el Baron,
alimentando ilusiones,
vino á pedirme tu mano
si tú aceptas sus amores;
y hay motivos poderosos,
que tú Enriqueta conoces,
para no desestimar
lo que el Baron nos propone.
Si en el pleito de familia
que seguimos, vence... entonces...

ENRIQ. Ante el honor de mi padre
todo se estrella y se rompe.

MARQ. Ángel puro de candor,
yo calmaré tus dolores,
que cuando lloran sus hijos
deja el padre de ser hombre.

ESCENA IV.

DICHOS, LUISA, apoyada en el brazo del BARON, ARTURO y JUAN.

LUISA. ¡Qué rato tan delicioso
nos espera!

BARON. Llegó el coche.

MARQ. (Ap.)
Esta clase de espectáculos

siempre tiene espectadores.

ENRIQ. (Ap.)
¿Y he de callar y sufrir
todas estas vejaciones!

LUISA. Tú, Enriqueta, aqui á mi lado.
Baron, ¡qué lejos te pones!

JUAN. Ya se acercan.

ENRIQ. ¡Ah!

LUISA. (Á Enriqueta.)
¿Qué tienes?

ENRIQ. (Riendo.)
Nada: impaciencia.

JULIAN. (Entrando con Ricardo.)
¡Señores!

(Al finalizar la escena quedan situados del modo siguiente. Enriqueta y Luisa sentadas en el divan; dejando un sitio vacio al lado de aquella. El Baron al lado de Luisa. Juan y Arturo de pié detrás del divan, y el Marqués en el foro, dispuesto á recibir á Julian y Ricardo.)

ESCENA V.

DICHOS, JULIAN y RICARDO.

ENRIQ. (Ap.) Dominarme no consigo.

JULIAN. (Haciendo los honores de la presentacion.)
El Marqués de Sandoval.
El hijo del general
Rubio.

MARQ. Mi mejor amigo,

ENRIQ. Por mas que el dolor taladre (Ap.)
mi pecho fingir sabré.

MARQ. Mi amistad le ofrezco á usté
sincera como á su padre.

RIC. No pensé haber merecido
tal honra.

JULIAN. (Ap. á Ricardo.)
Dále la mano.

BARON. (Ap. al corro.)
Tanto encomio no fué vano.

LUISA. (Ap. al corro.)

Tiene un porte distinguido.

JULIAN. (Ap.) Deseando estoy que concluya.

MARQ. Y esta casa á no dudar
puede usted considerar
desde hoy mas como la suya.
Mi hija. (Presentándosela.)

RIC. (Ap., contemplándola con éxtasis.)
¡Es ella!

ENRIQ. ¡Oh!

LUISA. (Al Baron, viendo la turbacion de ambos.)
(Los caballeros se levantan.) Ya lo ves.

JULIAN. No se molesten ustedes.
(Se sientan todos, y Ricardo, cediendo á sus impulsos, va á sentarse en el vacio que hay al lado de Enriqueta, á cuyo tiempo Julian, que siempre está espiando sus movimientos, lo impide presentándole otro sillon.)
No; mira, Ricardo, puedes
sentarte junto al Marqués.
(Ap.) Ya empieza.
(Se sienta junto á Ricardo.)

LUISA. (Ap. riendo.)
Cede al impulso
de sus propias sensaciones.

JULIAN. Sus malditas impresiones
me ponen á mí convulso.
(Ricardo no cesará de mirar á Enriqueta.)

MARQ. ¿Qué dice el nuevo español
al mirar su patrio suelo?

RIC. Que al cobijarle otro cielo
tambien le alumbra otro sol.
Pero observo y me confundo
que con tantas condiciones
obedece á otras naciones
debiendo asombrar al mundo.
Siendo cuna del talento,
pasmo del arte, me indigno
que ante un clima tan benigno,
dando rienda al desaliento,
quieran sus hijos la llama
del entusiasmo apagar,
y no la ayuden á entrar

en el templo de la fama.
La ven tendida en el átrio
y la huellan con sus pies:
y es que en España, Marqués,
nos falta espíritu patrio.

BARON. (Ap. al corro.)
Tiene talento.

JUAN y ART. (Ap.) Eso sí.

MARQ. (Ap. á Julian.)
Pues sí tiene sentimientos.

JULIAN. (Al Márqués.)
Expone los rudimentos
que ha recibido de mí.

MARQ. ¿Y qué efecto ha producido
en usted la sociedad?

RIC. Marqués, á decir verdad
me ha dejado sorprendido.
Aquí se enseña una ciencia
para aprender á vivir;
y es la ciencia de mentir
engañando á la conciencia.
De mi aserto no respondo;
pero el mundo en su molicie
á fuerza de superficie
se va quedando sin fondo.
No di á mis impulsos freno
y pequé de inexperiencia,
pues juzgué que la conciencia
siempre dictaba lo bueno:
porque en juez constituida
del hombre, Dios, á mi ver,
le dió con ella á entender
el gran libro de la vida.
Y hallo, que cambiando nombres,
al ir de esa vida en pos,
al libro escrito por Dios
le han puesto notas los hombres.

BARON. (Ap.) ¡Qué estilo tan singular!

JULIAN. Le has juzgado de ligero.

MARQ. Dice bien.

RIC. Por eso quiero
poderle á fondo estudiar.

LUISA. ¿No dices nada, Enriqueta?
ENRIQ. Me adhiero á vuestra opinion.
MAQ. Iremos hácia el salon
si usted gusta.
ENRIQ. (Ap.) Estoy inquieta.
JULIAN. (Ap. á Ricardo.)
Ofrécela el brazo.
MARQ. Vamos.
ENRIQ. (Á Luisa.)
¿Te quedas?
LUISA. (Mirando al Baron.)
Estoy rendida.
RIC. (Dando el brazo á Enriqueta)
¡La encuentro á usted abatida!
ENRIQ. Ns es nada.
ARTURO. Chico, estorbamos.
(Viendo al Baron reacio, dice «Estorbamos» aparte á Juen y desaparece.)

ESCENA VI.

LUISA, el BARON.

BARON. (Ap.)
La ocasion es oportuna:
me la procura ella misma:
no debo dudar un punto.
LUISA. (Ap.) Ya se acerca: calma.
BARON. Luisa.
LUISA. ¿Qué quieres, Baron?
BARON. Escucha.
Si razones de familia
te aconsejan un enlace
que el corazon desestina,
á el llanto de una mujer
ves surcando sus mejillas,
y comprendes que su pecho
por otro pecho respira,
¿no fuera un crímen labrar
la desgracia de esa niña?
LUISA. Ciertamente. (Su intencion
fácilmente se adivina.)

BARON. Y si otro amor en el alma
tal vez aquel hombre abriga,
y en el logro de su afan
toda su ventura cifra,
y no alimenta esperanzas
aunque esperanzas mendiga,
¿no fuera un crimen labrar
para siempre su desdicha?

LUISA. (¡Ay Julian!) (Ap.)
No te comprendo. (Alto.)

BARON. (Ap.) (La cedo el triunfo. Ya es mia.)
¿Tan oculto está mi fuego
que solo ves las cenizas?
Si es crimen mi amor, mi amor
á ser criminal me obliga.
Yo te amo.

LUISA. ¿Tú! ¡já! ¡já! ¡já!
La ocurrencia es peregrina.
¿Y Enriqueta?

BARON. Deja ya
por Dios esa calma frívola;
y ante una pasion vehemente
depon tus pueriles cuitas.

LUISA. Baron, esto es una farsa
que tu cerebro imagina
trastornado por el peso
de la atmósfera en que giras.

BARON. ¿Ni una esperanza siquiera?
¿Tus halagos, tus sonrisas,
no disculpan esta audacia
cuando con ellos me brindas?

LUISA. Vovámonos al salon,
que mas de una bella ansía
que perfumes con tus frases
el ambiente que respira.

BARON. Serán flores sin fragrancia
cuando tú su esencia esquivas.
¿Nada espero? ¿Ni esa flor
que está en tu pecho prendida?

LUISA. ¿Para qué, si con tu soplo
ya la has dejado marchita?
Volvámonos al salon.

BARON. (Ap.) Es superficial, es frívola.
(La ofrece el brazo, y al andar se la cae la flor de pecho, que recoge el Baron. Al llegar al foro salen Julian y Ricardo. Este se queda contemplándolos. Aquellos saludan y desaparecen.
LUISA. ¡Mi flor!
BARON. (Cogiéndola.) Se la lleva el viento.
Al salon.
LUISA. (Ap.) ¡Julian!
BARON. (Ap.) Ya es mia.

ESCENA VII.

JULIAN y RICARDO.

RIC. ¿Quién es esta?
JULIAN. Mi mujer.
RIC. ¿Tu mujer?
JULIAN. ¿Te ha sorprendido?
RIC. ¡Ya! ¿Con que no es su marido
el de la flor!
JULIAN. ¡Qué ha de ser!
RIC. Pues me pones que en un potro.
JULIAN. ¡Veremos si asi te quejas!
RIC. Es tu mujer, ¿y la dejas
que vaya á bailar con otro?
JULIAN. Si. ¡Te maravilla!
RIC. ¡Á ver!
JULIAN. Pues lo contrario es ridículo.
Aqui solo es un artículo
mas de lujo la mujer.
Se libran de nuestro encono
y asi remontan los vuelos.
Tampoco se tienen celos:
los celos son de mal tono.
Y asi pasamos la vida:
ellas libres de cuidados,
y nosotros entregados
en brazos de una querida.
RICARD. ¿De una querida?
JULIAN. Si tal:
otro artículo de lujo.

Mujeres á cuyo influjo
se postra el hombre social.
Las que nos venden su amor
en licitacion privada,
y como finca pujada
se otorga al mejor postor.

RIC. ¿Pero y el mundo?

JULIAN. Allí verás.

RIC. ¿Aplaude ese amor bastardo?

JULIAN. Á esas mujeres, Ricardo,
se las considera mas.

RIC. (Saca el libro de memorias y apunta lo siguiente.)
«La mujer, cual joya expuesta,
»para que en todo la iguale,
»no es mejor la que mas vale;
»vale mas la que mas cuesta.»

JULIAN. Pon á tus apuntes tasa
y ten mi leccion presente:
antes has sido imprudente:
no has ofrecido tu casa.

RIC. Permíteme que te arguya
por lo imprudente que estás:
tú eres mi amigo, y jamás
me has ofrecido la tuya.
Y si no, por mí responda
mi arribo á esta poblacion.
Desde la misma estacion
me condujiste á la fonda.

JULIAN. Porque mi trato es mas franco
que el que el Marqués te ofreció.
(Ya le voy diciendo yo
que vivo en un sotabanco.)

RIC. Con que la casa, permite,
se ofrece al que nos parece.
¿Y si es casado el que ofrece
y del buen tono el que admite?

JULIAN. Le recibe tu mujer
ó tú en tanto que le trates.

RIC. ¿Y si te engaña?

JULIAN. Te bates
y no la vuelves á ver.

RIC. Es decir, que me denigro

si en vez de esa solucion
les quito yo la ocasion
para evitar el peligro.

JULIAN. Esos medios son muy viles.
Ah, Ricardo, ¿traes dinero?

RIC. Si, ¿qué quieres?

JULIAN. Poco quiero:
que me des un par de miles.
(Ricardo saca unos billetes y se los da.)
Mandé al Banco esta mañana
y estaba el pago cerrado.

RIC. Pero dime, ¿en qué has gastado
lo que te dí esta semana?

JULIAN. ¡Tu pregunta es singular!

RIC. Di mejor que bien me fundo.

JULIAN. Entre gentes del gran mundo
se necesita jugar.

RIC. ¿Por recreo?

JULIAN. No señor.
Se especula; es una mina.
Y el hombre que se arruina
mas pronto es mas jugador.

RIC. Entonces, á lo que infiero,
no es muy santo ese sistema.

JULIAN. Al contrario: el que el problema
resuelve es un caballero.

RIC. Pues Julian, si asi montada
nuestra sociedad se ve,
cuantos libros estudié
no me han servido de nada.
Si os protege opuesto código,
si es tu palabra evangélica,
ni amor fué el amor de Angélica,
ni culpable el hijo pródigo.

JULIAN. Cuando te saque mi táctica
del letargo en que yacias,
verás que tus teorias
distan mucho de la práctica.
Aqui el talento no es nada;
que aunque el fondo sea inmundo,
las casas en el gran mundo
se alquilan por la fachada.

Son esos seres sociales
que con su hálito sobornan
ramas viejas que se adornan
con flores artificiales.
Aquí te viene á buscar
el Marqués. Con él te dejo.
Nunca olvides mi consejo.
(¡Qué mina voy á explotar!)

RIC. (Escribiendo en la cartera.)
«Este mundo es un belen;
»garito de capa y palo,
»donde el hombre ha de ser malo
»para parecerle bien.»

ESCENA VIII.

RICARDO y el MARQUÉS.

MARQ. ¿Cómo aquí tan retirado?

RIC. Conversando con Julian.
Me deja en este momento.

MARQ. Le he visto el salon cruzar,
(con la sangre salpicado
de su presa el gavilan).
¿Y qué clase de emociones
ha sentido usté al mirar
estas pasiones que en lucha
siempre con el hombre estan?

RIC. He sentido en mi cabeza
mil pensamientos brotar
acariciando esperanzas
que no concebí jamás.
Yo comprendo que en la vida
debe haber un mas allá,
porque noto aquí una falta,
un vacío, un hueco tal,
en donde al mundo aunque quiero
procuro en vano alojar.
Antes el nombre de madre
mi indiferencia glacial
concibió como una cosa,
como un objeto vulgar.

Hoy comprendo que una madre
nos da la vida, y nos da
besos que nunca he sentido,
que no he de sentir jamás.
Y comprendo que hay amor,
que hay virtud, que hay amistad
pasiones en fin, afectos
que aqui en mi cabeza estan;
mas como al querer sentirlos
mi alma ciega, errante va,
le tiendo al mundo los brazos
para poderlos tocar.

MARQ. ¿Y para esa lobreguez
busca usté apoyo en Julian?

RIC. Á él vine recomendado;
me dispensó su amistad,
y como mentor se encarga
de mi educacion social.

MARQ. Jóven, su padre de usted
era mi amigo, era mas;
un hermano en cuyo seno
fuí mil veces á llorar.
Mi obligacion es sagrada.
Si usted busca en su orfandad
una familia, unos brazos,
aqui los de un padre estan;
pero lejos de aquel hombre,
rechace usted su amistad.

RIC. ¿Cómo? ¿Julian...

MARQ. Si; su instinto
es venenoso, es mortal.
Es un hombre de esos muchos
que por vestir bien el frá,
por tener buenos modales
admite la sociedad,
y á quien nadie de su casa
puede las puertas cerrar.

RIC. ¿Es decir que su cariño
fué mentira nada mas?

MARQ. Él pinta el mundo á su modo;
difunde la oscuridad,
y aunque el mundo no es muy bueno,

con su pincel es fatal.
Es el consejo de un padre:
si usted le quiere aceptar,
ya sabe usted que á sus hijos
no engaña un padre jamás.

RIC. Gracias, Marqués: yo no acierto
lo que aqui siento á explicar.

MARQ. Ese es el mundo, hijo mio:
siente usté el frio glacial
de un desengaño que viene,
de una ilusion que se va.

RIC. Comprendo que entre esa turba
la mentira y la verdad
son un miserable juego
de palabras nada mas.

MARQ. Adios, Ricardo. (Váse.)

RIC. Marqués,
gracias por tanta bondad.

ESCENA IX.

RICARDO.

«Mi amistad le ofrezco á usted,»
antes el Marqués me dijo:
las palabras de Julian
al instante que nos vimos.
Si las de este son mentira
pronunciándose lo mismo,
¿quién sabe de cuál de entrambos,
víctima, Ricardo, has sido?
Sin embargo, yo en conciencia
mejor al Marqués me inclino;
que aun cuando las mismas frases
producen igual sonido,
la verdad lleva un letrero
debajo del texto mismo,
que solo lee el corazon
porque con él está escrito.

ESCENA X.

RICARDO y ENRIQUETA, por la puerta izquierda.

ENRIQ. (Ap.) Quiero evitar sus miradas
y en vano mi afan reprimo.
RIC. ¡Es ella!
ENRIQ. ¿Cómo tan solo
retirado del bullicio?
RIC. Como ese sordo rumor
á mi pesar no concibo,
en brazos del aislamiento
trato de evitar su ruido.
ENRIQ. ¿Quiere usted filosofar
sobre el mundo? me retiro.
RIC. ¿Se marcha usted...
ENRIQ. Al salon.
RIC. Un instante: lo suplico.
Parece que junto á usted
con mas libertad respiro.
ENRIQ. (¡Ah! ¡me amaba!)
RIC. (Á mis impulsos
vanamente me resisto.)
Yo cruzo el mundo, Enriqueta,
como errante peregrino,
que en noche de eterna sombra
va salvando precipicios.
Yo sé tambien que los hombres
sienten amor instintivo
que mira la sociedad
como un pasatiempo frívolo.
Yo no alcanzo su razon;
mas la desecho, pues miro
que se anida en mi alma vírgen
un sentimienio mas digno.
La mujer es á mis ojos
forma de un soplo divino
que embellece la existencia
del hombre con su cariño:
la que enjuga nuestro llanto,
la de quien ser recibimos,

lo mas grande, lo mas puro,
lo mas santo, lo mas digno.
Mi madre en fin ven mis ojos
en cada mujer que miro.
Si el amor que el mundo ofrece
no es como el amor que abrigo,
nada me importa si usted
no se avergüenza del mio.

ENRIQ. Por Dios, pueden sorprendernos:
esa gente puede oirnos.
Adios.

RIC. ¿Muere mi esperanza?

ENRIQ. Harto mi silencio ha dicho.

RIC. (Conmovido.)
¿Puedo esperar...

ENRIQ. Si. (Váse precipitadamente.)

RIC. (Estrechándole la mano.) ¡Enriqueta!
¡Una lágrima! Respiro.
¡Siendo tan dulce este llanto
quieren todos reprimirlo!

ESCENA XI.

RICARDO y JULIAN.

JULIAN. Hombre, ¿estás aqui metido?
¡Bien te puedo andar buscando!

RIC. (Ap.) ¡Y este hombre me está engañando!

JULIAN. He jugado y he perdido.

RIC. ¿Y qué quieres?

JULIAN. Toma, quiero...
¡La pregunta es singular!
Quiero volver á jugar
y que me des mas dinero.

RIC. No le tengo.

JULIAN. ¿Desde cuándo?
¡Si con fondos te has venido!

RIC. Pues bien; desde que he sabido
que tú me estas engañando.

JULIAN. ¿Yo?—(Ap.) (Ya conozco al Neron.)
Las gracias te debo dar.
(Conviene el soplo ignorar

mientras produzca el filon.)
Bien; rechaza mi cariño;
mas no te quejes despues.
Busca apoyo en el Marqués
que te engaña como á un niño.

RIC. ¿El Marqués?

JULIAN. No te parezca
que aqui lo ignoramos todo.
Quiere inclinar á su modo
el árbol antes que crezca.
Por egoismo trató
de que evites mi contagio,
recordando aquel adagio;
«primero yo, y siempre yo.»

RIC. Eso es, Julian, suponer
que él trató de calumniarte.

JULIAN. Esto es, Ricardo, enseñarte
lo que debes aprender.

RIC. Sus canas, su dignidad...
tal duda se me resiste...

JULIAN. La mentira siempre viste
la capa de la verdad.

RIC. ¿Y qué miras pueden ser
las que contra mí se lleve?

JULIAN. Él no es muy rico, y él debe,
y él trata de no deber.

RIC. Y para decirme: «quiero
dinero,» te ultraja á tí?

JULIAN. Si, Ricardo, porque aqui
no se mendiga el dinero:
hay medios que el hombre inventa;
que en este banco social
no hace falta capital
para procurarse renta.
Si el mendigar causa horror,
con solo agregar el rédito,
formando un banco de crédito
comercian con el honor.

RIC. ¿Pero el Marqués...

JULIAN. No te aflija
su recuerdo; ten paciencia.

RIC. Quiso amparar mi inocencia.

JULIAN. Si; pero él tiene una hija.
RIC. Bien.
JULIAN. Á quien Ricardo adora.
Y vendiéndote favores,
aunque sabe tus amores,
fingiendo que los ignora
á su ambicion te sujeta.
Te casa, encuentra su crédito,
y á tí te paga tu rédito
con el amor de Enriqueta.
Luego á tu sombra se arrima
explotándote á su modo,
mientras tú, explotado y todo,
le das las gracias encima.
RIC. Y suponiéndolo asi;
si yo su amor ambiciono,
¿tambien será de mal tono
el que yo me case?
JULIAN. Si.
Porque como yo lo advierto
todo el mundo lo presiente:
y á los ojos de esa gente
pasas plaza de inexperto.
Y á los tuyos no se oculta
que allí donde te divisa
te escarnece con su risa,
con su desprecio te insulta.
Y en fin, basta, que amargarte
con mi relacion no quiero.
Te devuelvo tu dinero.
(Si dice que si me parte.)
(Sacando su cartera.)
Te firmaré un documento.
RIC. Espera, Julian.
JULIAN. ¿Te opones?
(Ya han subido estas acciones
mas de un cincuenta por ciento.)
RIC. ¡Qué ansiedad conmigo lucha!
Te creo; pero no obstante...
JULIAN. ¿Dudas si soy un tunante
segun el Marqués? Escucha.
Si fuera honrado sin tasa

como su exterior ofrece
y yo un pillo, ¿te parece
que él me admitiera en su casa?
Y en fin, júzgalo por tí:
si la mano á pedir vas
de Enriqueta, ya verás
como te dice que sí.

RIC. Si, Julian; tienes razon;
y espero que me perdones.

JULIAN. (Ap.) Se acabaron las acciones.
Tengo toda la emision.

ESCENA XII.

DICHOS, el BARON, ARTURO y JUAN.

BARON. ¿No quieres seguir jugando?

RIC. Este ha ganado á mi ver.

ARTURO. Como quedaste en volver
te estuvimos aguardando.

BARON. (Á Ricardo.)
Su suerte de usted es loca.
Amigo, venció usted ya.
Su nombre en el baile va
corriendo de boca en boca.

ARTURO. Y el Marqués, segun presiento,
tambien se admira del trato
del presunto candidato (Con malicia.)
de Enriqueta.

JULIAN. (Ap. á Ricardo.)
Aplica el cuento.

JUAN. Nada, es cosa decidida.

JULIAN. Vamos, ¡qué bromas teneis!
¿Con que vosotros sereis
mañana de la partida?

BARON Y LOS OTROS.—¿Qué?

JULIAN. Procurarle á este un goce;
estar juntos.

BARON. ¡Delicioso!

JULIAN. (Por Ricardo.)
Este no es muy perezoso:
ya está despierto á las doce.

El que á nuestra voz responda
dejando el lecho de flores,
se traslada á Embajadores
para almorzar en la fonda.
Despues al Casino: allí (Con malicia.)
se pasa bien la mañana.
Y luego en la Castellana
para comer en Lhardy.
¿Qué os parece?

BARON. Bien.

ARTURO. Distingo
nos ha invitado el Marqués.

JULIAN. Cierto.—Pues aqui despues.

RIC. (Á Julian.)
Di; ¿mañana no es domingo?

BARON. ¿Vamos? (Dirigiéndose al salon.)

JULIAN. Si.—(Ap. á Ricardo.) Excitas la risa
con tus preguntas diábolicas.
(Todos se dirigen al salon. Ricardo saca el memorandum y escribe)

RIC. «En las naciones católicas,
»los hombres no van á misa.»
(Váse hácia el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

El BARON, ARTURO y JUAN.

ARTURO. Vamos, confiesa, Baron,
que no te puedes quejar.
Si pierdes al juego, en cambio
ganas al amor, y en paz.
JUAN. Este á la mujer y al naipe
á media luz las ve ya:
con que otro talla con él;
yo soy punto nada mas.
BARON. Si alguien os oye, sin duda
me toma por un don Juan.
Yo admito esas libertades
que ofrece la sociedad,
y que hacen su trato ameno;
pero no voy mas allá.
JUAN. No ¿para qué? Si te arrimas
es claro que no te vas.
BARON. Julian es mi amigo.
ARTURO. Prueba.
¿Quién te ha hablado de Julian?
BARON. Hombre, supongo...
JUAN. Y supones
muy bien suponiendo mal.
BARON. El honor de una mujer
es sagrado por demas.

ARTURO. Las frases sacramentales
de todo amante en agraz.
Date en los pechos y reza
la confesion general.
BARON. Eso es calumnia.
ARTURO. Pues chico,
muchos os calumnian ya.
BARON. ¡Pero que siempre interpreten
asi la amabilidad
de las mujeres!
JUAN. Es claro.
¿Á que no te suena mal
ese rumor lento y sordo
que condensándose va
y que á tus pasados triunfos
les agrega un triunfo mas?
¿Te ries? ¡Si somos débiles!
Todo el mundo á no dudar
está á dieta porque sufre
la misma debilidad.
BARON. Cuando os empeñais en algo
no hay quien os haga cejar.
ARTURO. ¡Qué fragante es esa flor
que llevas en el ojal!
BARON. Si, del tocado de Luisa.
No vayas á sospechar...
JUAN. ¡No! Si Julian es tu amigo,
cómo es posible... Ademas
que la mujer una flor
de su tocado la da
á cualquiera á quien su esposo
le consagre su amistad.
Es el olivo, ese ramo,
dulce símbolo de paz,
que estrechando vuestros vínculos
forma vuestra trinidad.
Vamos, pillo, ¿me equivoco?
¿Callas? ¡bueno! no hables mas.
BARON. Chico, es Luisa inexpugnable.
JUAN. Tambien lo era Gibraltar.
Le das como los ingleses
una prueba de amistad.

BARON. No digais una palabra.
ARTURO. ¡Hombre, por Dios!
BARON. (Ap.) Hablarán.
Ella necesita lucha,
celos que la piensa dar;
y al ver herido su orgullo...
JUAN. Se supone lo demas.
BARON. Sin embargo, necesito
que con cierta asiduidad
la causa de su despecho
le haga alguno recordar.
Para lo cual sin pensarlo
va á ser mi apoyo Julian.
ARTURO. ¿Pues no es tu amigo?
BARON. ¿Otra vez?
Chico, es nuestra sociedad
superficial, egoista,
maquiavélica y audaz.
Yo tengo estas circunstancias,
yo soy un hombre social.
Me dispensareis que os deje.
(Entra Ricardo.)
Voy en busca de Julian.
ARTURO. Vé con Dios, niño mimado.
JUAN. Ofrecerme es por demas.
ARTURO. Repito...
BARON. Gracias. Sé que es
sincera vuestra amistad. (Vase.)

ESCENA II.

RICARDO, ARTURO y JUAN.

ARTURO. ¡Qué presuntuoso! ¡qué frívolo!
¡qué majadero! ¡y qué audaz!
RIC. ¿Quién, el Baron?
ARTURO. El Baron.
Es un ente singular.
JUAN. Á mí me apesta.
ARTURO. Y á mí.
RIC. Pues ó yo comprendí mal,
ó ustedes le reiteraron

al marcharse su amistad.

JUAN. Ciertamente; pero, amigo,
su conducta es especial,
casi repugna; es un hombre
que nada respeta ya.
Como su figura es buena,
viste bien y no habla mal,
es Tenorio, que á su lado
fué Juan Tenorio un rapaz.

RIC. Ser un hombre seductor
es un título social.
(Ap.) Estos sienten no ser ellos
los que den que murmurar.

ARTURO. Pero consiste en el cómo
y en el hombre con quien da.

JUAN. ¡El Baron, que siempre ha sido
tan amigo de Julian!

RIC. ¿De Julian?

JUAN. Si, carne y uña.

ARTURO. (Ap. á Juan.)
¡Hombre!

JUAN. (Ap. á Arturo.) La solté; es verdad.
—No diga usted que nosotros...
pero se deja notar
por lo nerviosa que Luisa
con el Baroncito está.
Y que este mismo hace poco
lo acaba de confesar.
Se murmura, y el vapor
se va condensando ya.
Por supuesto, usted...

RIC. Es claro;
se lo contaré á Julian.

ARTURO. No.

JUAN. ¡Por Dios! ¿Qué va usté á hacer?
¡es una temeridad!
Estas cosas el marido
las debe siempre ignorar.

RIC. Pues entonces, ¿para cuándo
son las pruebas de amistad?
Si yo, evitando el ridículo
con que tildan á Julian

puedo evitar de raiz
esa pasion criminal,
¿con tamaña impavidez
debo mis labios sellar?

JUAN. Al ir usté á proferir
una palabra no mas,
los amantes se vindican,
se queda ciego Julian,
abraza al Baron, y á usted
le retira su amistad.
Mientras que si aquel lo ignora,
todos felices, y en paz.

ARTURO. El nuncio de malas nuevas
es enemigo mortal.

JUAN. Venga usted, y ver le haremos
que el afecto de Julian
es tambien puro egoismo;
no hay en él sinceridad.

ARTURO. Y hasta el Marqués por su parte,
segun pudo usted notar...

RIC. (Ap.) Julian acusa al Marqués,
este á su vez á Julian,
á aquellos dos estos dos;
se hablan bien, se quieren mal...
Lo difícil es saber
quién de todos miente mas.

(Aparecen Julian y el Baron del brazo en el foro.)

ARTURO. Al salon. ¡Hola, señores!

RIC. (¡Oh! ¡qué cinismo!) Julian...

(Juan le tira del frac.)

Nada.—(Ap.) (Es mi amigo; hablaré,
mi silencio es criminal.)

(Juan y Arturo se llevan al Baron y á Ricardo, que no cesa de mirar á Julian hasta que desaparece.)

ESCENA III.

JULIAN. Se sienta en una butaca y dice despues de una pausa.

JULIAN. Cuanto en este espacio gira
solo mentira contemplo:
si no, Julian, por ejemplo,

tu frá no es un frá, es mentira.
Ningunos bienes sustentas
y en este mundo te meces;
pero aunque de ellos careces,
Julian, vamos á echar cuentas.
Te has mantenido en un tris
al peligro haciendo frente,
como dicen vulgarmente
viviendo sobre el pais.
Tu objeto en esta ocasion
fué sin duda el de medrar,
para de un salto trepar
hasta el último escalon.
Bien hecho; alabo tu gusto,
sin que por ello te asombres,
que pues lo hacen otros hombres
que quieras hacerlo es justo.
Soñaste y soñar es bueno;
pero sigues aun dormido,
y en el sueño te has comido
lo tuyo y hasta lo ageno.
Las deudas flotando estan
y no hay manos que te acudan;
pues los que antes daban dudan,
y como dudan, no dan.
Ya perdido hasta el filon
que en Ricardo descubriste,
puedes decir que perdiste
tu áncora de salvacion.
Por verdad há tiempo pasa
la farsa que tú les citas
de que no admites visitas
por estar mudando casa;
en vez de decir, sé franco,
que ya sin timon ni remo,
te has conducido al extremo
de habitar un sotabanco.
Y esa gente no sabrá
cuando cruces el salon,
que habrás vendido un colchon
para conservar el frá.
Que tu casa es una feria;

pues mecido por su arrullo,
nada hay que dé mas orgullo
que luchar con la miseria.
¡De una embajada el Marqués
jefe es hoy, y en él confias!
Si agregarte conseguias
tu antes borraba el despues.
Pero hay dos que con denuedo
de su hija anhelan la mano,
y el que la consiga, es llano
que me usurpe... me da miedo.
Pues nada, lo mejor es,
y fué el cálculo oportuno,
que no la obtenga ninguno
y que te admire el Marqués.
Que al contemplar las desgracias
que sobre él dos hombres llueven,
no sepa por quién se mueven,
y venga á darte las gracias.
En fin, caminar en pos
del astro que ha de lucir:
un frac no puede pedir
una limosna por Dios.

ESCENA IV.

JULIAN y LUISA.

LUISA. Julian, pronto de esta casa
salgamos sin dilacion.
JULIAN. Modera tu agitacion:
estás nerviosa. ¿Qué pasa?
LUISA. ¿Me lo preguntas, Julian,
cuando hablar apenas puedo
porque todos con el dedo
ya señalándome van?
Si á tu ambicioso furor
se ajusta bien cualquier modo,
no lo sacrifiques todo,
respeta al menos mi honor.
JULIAN. Si alguien te oye de tu honra
pedir cuenta á tu marido

creerán que te he convertido
en padron de mi deshonra.
La libertad del gran mundo
de tus actos respondia.

LUISA. Todo aqui es hipocresia
para su cinismo inmundo.
Egoista derrama el opio;
le aduerme y calumnia al bueno;
pues con el pecado ageno
cree tapar el vicio propio.

JULIAN. Te indujo mi discrecion
á que por puro egoismo
con tu habitual coquetismo
le des pábulo al Baron,
á que esperanzas soñando
mate la ilusion inquieta,
que de ser suya Enriqueta
viene nuestro mal labrando.
Lo cual, Luisa, en vez de ser
un motivo de bochorno,
es un detalle en su adorno
que embellece á la mujer.

LUISA. Aunque el decirlo me aflija
yo no secundo tu plan,
si no por mi honor, Julian,
por el nombre de tu hija.

JULIAN. Tu labio no le pronuncie.
Justo es callar á esa gente
que por mi orgullo indigente
de sus halagos renuncie.
Y ya que tu amor le invoca,
piensa, si al cumplir tu afan,
llega un dia en que ni pan
pueda llevarse á la boca.
La miseria nos absorbe;
pero mi orgullo no trunca,
que es fuerza que el hombre nunca
bajo su peso se encorve.
¿Qué es una farsa dirás
cuanto en torno nuestro gira!
Si es mentira, es su mentira
seductora por demás.

Y en fin, cuanto aqui nos liga
nos va indicando la huella.
(La lleva delante del espejo.)
Mira; ¿cómo estás mas bella?
Si tienes valor mendiga.

LUISA. Considera, Julian, antes,
que un mundo soñando estás
de placer tan falso, mas
que el brillo de mis diamantes.
Que por tu vida azarosa
ni aun conoces las delicias
que en sus tiernas caricias
puede ofrecerte tu esposa.
Que con amor la pobreza
sueña un mundo superior:
que donde acaba el amor
es donde el crimen empieza.

JULIAN. Calla, que en vano mi afan
en tu propia dicha gasto.
Vete: yo solo me basto
para conseguir mi plan.

LUISA. ¿Del vicio que te sonrie
ni mi llanto te contiene?

JULIAN. Calla, Luisa, que alguien viene:
seca tus ojos y rie.

LUISA. No, no puedo.

JULIAN. Haz por fingir.

LUISA. ¡Si todos sois duros bronces!

JULIAN. (Llevándosela hácia el foro.)
¿Para qué sirves entonces
si no sabes ni mentir?
(Luisa desaparece por el foro procurando dominar su emocion.)

ESCENA V.

JULIAN y RICARDO.

RIC. ¿Qué tiene Luisa? sus ojos
llenos de lágrimas miro.
Y aun supongo que advertí
sollozos mal comprimidos.

JULIAN. Nada; el calor; y esta atmósfera
tan pesada, y este ruido ..
RIC. (AP.) (Todo lo ignora: no obstante
debo evitarle el peligro.)
Julian, si alguna atencion
de tí merece tu amigo,
discúlpale si te ofende
sin querer el labio mio.
JULIAN. Di.
RIC. Mi conciencia ante todo:
siento amistad: no la finjo.
En el confuso tropel
de ese mundo corrompido
cada frase es un puñal,
cada hombre es un asesino.
Sus lenguas son escalpelos,
que, aunque palpitante, vivo,
las vísceras del honor
entresacan con su filo.
Pendiente el tuyo hace poco
de aquellas lenguas he visto;
pero, Julian, mutilado;
tu honor estaba hecho añicos.
JULIAN. ¿Cómo?
RIC. Luisa y el Baron
son el blanco de sus tiros.
JULIAN. Gracias, Ricardo, me libras
de un espantoso ridículo.
RIC. No: yo te hablo al corazon.
Quiero darte su cariño.
¿Si es su virtud innegable
qué te importa á tí el ridículo?
Ya que el mundo la calumnia
viva feliz á tu abrigo.
Dudar de ella fuera un crimen;
dejarla en él un delito.
JULIAN. Lo que pretendes, Ricardo,
ni es conveniente, ni digno.
Ante todo es lo importante
saber si ese horrible grito
es solo una voz aislada
ó es el general ludibrio.

Y si el mundo es quien mancilla
de mi esposa el honor limpio,
en la punta de mi espada
se le da el mentis escrito.

RIC. ¿Te bates?

JULIAN. Con el Baron.

RIC. No; jamás; eso es inícuo.
Si tu esposa es inocente
y en la lucha eres vencido,
¿para premiar su virtud
le das tu cadáver frio?
¿La vida es tuya tan solo?
¿Tú, Julian, no tienes hijos?

JULIAN. ¿Hijos?... no; tu desconoces
por completo nuestros ritos.
Aqui tan solo con sangre
se lava el honor herido;
mas casi siempre, Ricardo,
sin verterla queda limpio.
Hecho el reto, que es el todo,
queda, una vez admitido,
el no tener consecuencias
á cargo de los padrinos.
Los mismos calumniadores
se dan un mentis cumplido,
y con un pequeño escándalo
vuelves á tu honor su brillo.

RIC. Entonces en esta farsa
son tan solo, segun miro,
los hombres meros autómatas,
que obedeciendo al capricho
de leyes que ellos formulan,
y que apellidan estilos,
actores de su papel
vienen á hacer el recito,
dando espectáculos propios
para aplaudirse á sí mismos.
Desde hoy mas á mis impulsos
vuelvo á obedecer sumiso.

JULIAN. Como gustes.

RIC. Mi conciencia
me lo está pidiendo á gritos.

Mi pecho me pide amor:
por ella llanto he vertido:
pues bien, Julian, Enriqueta
mi esposa ha de ser hoy mismo.

JULIAN. Pídele al Marqués su mano:
no me opongo á tu capricho.
(Mas no legrarás tu afan;
tengo el terreno medido.)
Te dejo: quiero poder
formar de mi afrenta juicio,
á fin de dar á esas gentes
un espectáculo digno.
Prescinde de mi amistad;
navega sin rumbo fijo.
Aquí tienes al Marqués.
Adios. (¿Qué dudo? es preciso.) (Váse.)

ESCENA VI.

RICARDO, el MARQUÉS.

RIC. Por si infiero algun agravio
perdon antes pedir debo;
pues ya, Marqués, no me atrevo
ni aun á despegar mi labio.
Todos mis frases comentan
y en vano busco el por qué.

MARQ. ¡Pobre Ricardo! hable usté.

RIC. Sus canas de usted me alientan.
Vírgen á toda emocion,
sordo á ese extraño murmullo,
del amor al dulce arrullo
ví abrirse mi corazon:
flor que al nacer entre abrojos
regué en mi amante quimera
con la lágrima primera
que ví asomar á mis ojos.
Ella me hizo concebir
otro mundo superior,
me dió vida su calor
y me ha enseñado á sentir.
Solo ve mi mente inquieta

la imágen de esa mujer.
Está, en fin, todo mi ser
entrañado en Enriqueta.
Ciego, aunque mi alma taladre
vengo este mundo á cruzar.
No me quiera usted negar
el honor de ser mi padre.

BARON. Con orgullo admito el nombre;
mas no admito esa pasion,
que aunque mate su ilusion
antes que padre soy hombre.

RIC. ¿Cómo?

MARQ. Yo debo callar.

RIC. Callar lo que á mi amor es...
Mienta usted; pero, Marqués,
no me haga usté ignorar.

MARQ. Acaso á usted no le cuadre...

RIC. ¡Aun siguen sus lábios fijos!
Yo no alcanzo que á sus hijos
quisiera asesinar un padre.

MARQ. Pues óigame usted atento.

RIC. (Ap.) (¡Qué inquietud da el ignorar...
¡Si pudiera hacerle hablar
con el mismo pensamiento!...)

MARQ. Al ver que á una pasion pura
mi hija abrió su corazon,
alimentó la ilusion
de realizar su ventura;
y en sueños que afan concilia,
pensé ya en mi desvarío
reanimar un cuerpo frio
al calor de una familia.
Hoy, sin tratar de inquirir
el móvil de tal hazaña,
mi limpia frente en su saña
viene ese mundo á escupir,
diciendo en su alevosia,
que, al vil interés sujeta,
voy la pasion de Enriqueta
convirtiendo en mercancia.

RIC. ¿Y usted ha supuesto...

MARQ. No:

mas hay hombres sin conciencia
que abusan de la inocencia;
no la amparan como yo.

RIC. Marqués, mi razon no alcanza,
cómo, al mirarme inocente,
del amor que mi alma siente
destruye usted la esperanza.

MARQ. Porque el mundo con su fausto
viene alimentando un nombre,
que por acallar dá el hombre
su conciencia en holocausto.
Siendo el honor el artículo
que la calumnia consume,
del sacrificio el perfume
tan solo evita el ridículo.

RIC. ¿El ridículo? es verdad
que todo á su voz se doma;
ese nombre es la carcoma
que pudre la sociedad.
¿Es decir, que usted con calma
verá de Enriqueta el llanto,
mientras que ella en su quebranto
vaya destilando el alma?
Si usted puede prescindir
asi de toda afeccion,
yo no; porque el corazon
le tengo para sentir.
Y al contemplarme inocente,
si en mi conciencia me fundo,
toda la fuerza del mundo
no me hace bajar la frente.
Yo necesito saber
quién hiriéndome asi va.
Pero usted desistirá...

MARQ. No puedo retroceder.

RIC. Ni aunque su pecho taladre ..

MARQ. No puedo manchar mi frente.

RIC. ¿Qué es verdad entre esta gente
siendo mentira hasta un padre?
(Váse por el foro.)

ESCENA VII.

El MARQUÉS y ENRIQUETA, por la puerta izquierda.

MARQ. ¡Pobre jóven! ya sin calma
mira su ilusion perdida,
sin ver que su propia herida
me está desgarrando el alma.
ENRIQ. (Ap.) ¡Mi padre!
MARQ. (Enjuga do una lágrima al tiempo que Enriqueta va á cogerle la mano.)
¡Pobre Enriqueta!
ENRIQ. ¡Tu mano mi mano esquiva,
y una lágrima furtiva
tambien en vano sujeta!
¿Qué tienes?
MARQ. Nada.
ENRIQ. Responde.
Tú me tratas de ocultar
que algun profundo pesar
en tu corazon se esconde.
MARQ. Tal vez las frases livianas
no habrán llegado á tu oido
con que esa gente me ha herido
queriendo manchar mis canas.
ENRIQ. Si; mas desprecia el rumor
que quiere cebarse en tí.
MARQ. Es que al pesar sobre mí
destruye tambien tu amor.
ENRIQ. (Ap.) ¡Ah!
MARQ. ¿No le basta mi bien?
Que al fin mi dolor reclame
no importa; pero es infame
pedir el tuyo tambien.
ENRIQ. (Conteniéndose.)
Desecha tal inquietud.
MARQ. ¿Que soy padre has olvidado,
cuando ese soplo ha agostado
la flor de tu juventud?
ENRIQ. (Ap.) (El dolor me dilacera
el alma.) Seca tus ojos.

No debe causarte enojos;
mi pasion fué una quimera.
Á mi edad el corazon
es caprichoso, voluble;
no, que por mí no se nuble
de tu vida la ilusion.

MARQ. De tu virtud claro indicio
son tus benditas palabras;
pero aunque tu pena labras,
no basta este sacrificio.

ENRIQ. ¿Cómo?

MARQ. De tanta opulencia,
tu amor no inmolando á un hombre,
mañana tal vez el nombre
se trueque en el de indigencia.
Si el Baron la lucha afronta
vencerá.

ENRIQ. Suya es mi suerte.
(Ap.) Si han decretado mi muerte,
mas humana es la mas pronta.

MARQ. Comprende cuánto sufrí
para asesinar tu bien;
pero comprende tambien
que todo, todo es por tí.

ENRIQ. Si tu honra á mi cargo tomo,
¿qué importa que no me cuadre?
Cuando hay que salvar á un padre
nunca se pregunta el cómo.
Corre.

MARQ. Nuestros pechos gimen.

ENRIQ. Mira que tu honor perece.
Corre.

MARQ. Voy: mas me parece
que estoy cometiendo un crímen.
(Váse el Marqués por el foro.)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA y RICARDO.

ENRIQ. (Rompiendo á llorar.)
¡Me ahogo! en mi cabeza gira

tan confuso el pensamiento,
que lo que hice hace un momento
me parece que es mentira.
¡Ricardo!

RIC. ¡Niña inocente!
¿Sabe usted... Si que lo sabe,
que ante ese llanto no cabe
respuesta mas elocuente.

ENRIQ. Por Dios...

RIC. Si honda es su querella
no oculte usted su quebranto.
Llore usted: con ese llanto
me parece que es mas bella.
Que es del corazon que brota
la historia de unos placeres
que en amargos caractéres
escribe usted gota á gota.

ENRIQ. (¡Qué martirio!) No, Ricardo;
yo por mí su amor desecho.

RIC. No abrigue usted en su pecho
un sentimiento bastardo.
Dígame usted que en profundo
dolor su vida se mece,
porque su padre obedece
á los caprichos del mundo.

ENRIQ. No; mi padre es inocente:
no existe aqui tal violencia.
Á mí sola en su presencia
me toca bajar la frente.

RIC. ¿Quiere usté hacerse gigante
con tan noble abnegacion?
¿Cree usted que mi corazon
aun no la quiere bastante?

ENRIQ. Ricardo, mi juicio pierdo
con tan horrible tortura.
Ya que perdí mi ventura
no invoque usted su recuerdo.
Si en vano mi corazon
por darle abrigo se esfuerza,
no me quite usted la fuerza
de mentírselo al Baron.

RIC. ¿Al Baron?

ENRIQ. Si; mi destino
ya es suyo.
RIC. ¿Dónde hay mas duelos
si hasta los malditos celos
van hirotando en mi camino?
¿Pero ese padre no entiende
que solo encuentra dolor
una mujer cuyo amor
lo sacrifica ó lo vende?
¿Su ciega ambicion no mira
que entre tormentos prolijos
cuando usted bese á sus hijos
será aquel beso mentira?
¿Que unos lazos que asi oprimen
por fuerza se han de romper,
y de una honrada mujer
se hace una mujer del crimen?
ENRIQ. ¡Ricardo! ¡No puedo mas!
Adios.
RIC. Tan solo un instante.
ENRIQ. No tengo fuerza bastante.
Adios, adios.
(Ricardo se lanza en pos de ella, y Julian que sale á la sazon le detiene)
JULIAN. ¿Dónde vas?

ESCENA IX.

RICARDO y JULIAN.

RIC. Á pedirte estrecha cuenta
de un amor que era mi vida,
de la mas pura ilusion
de aquella inocente niña.
JULIAN. No comprendo tus palabras.
(El triunfo ya me acaricia.) (Ap.)
RIC. Tú has propalado una voz
que alevemente publica
que comerciaba el Marqués
con mi amor y el de su hija.
JULIAN. ¿Yo, Ricardo? De tal duda
no pido cuenta cumplida,

pues te pone tu inoconcia
á cubierto de mis iras.
¡Asi pagas mi amistad,
mis sacrificios, mis cuitas!
Bien puedes decir que tú
ciego en el mundo caminas.

RIC. Yo, Julian, ya no comprendo
lo que es verdad ni mentira;
pero si dudo de todo
porque nada se me explica.

LIAN. Ven acá, y dime en conciencia
si con razon me acriminas.
Tú la adoras con pasion,
ella á tu amor respondia;
pero el Baron que en silencio,
por razones de familia
su mano pidió al Marqués,
viendo su ilusion perdida,
con tan infame calumnia
sus ensueños realiza,
y á su propia conveniencia
vuestra pasion sacrifica.
Pero aunque de mí dudaste
yo quiero labrar tu dicha.
No será suya, Enriqueta;
con su amor Julian te brinda.
Ahora duda; di, Ricardo,
que mi amistad es mentira.

RIC. ¡Yo ser dueño de su amor!
Julian, me vuelves la vida.
Si no son verdad tus frases,
¿quién resiste á esa mentira?

JULIAN. Por supuesto, sella el labio:
tu amor á callar te obliga.

RIC. Gracias, Julian: me avergüenzo
de una duda tan impia.

JULIAN. Todos aqui caminamos
por una senda de espinas.
Aqui vienen. (No vacilo.)
—¡Silencio! (Á Ricardo.)
(Ap.) ¡Enriqueta mia!

ESCENA X.

DICHOS, el BARON, ARTURO y JUAN.

ARTURO. Recibe mi parabien.
JUAN. ¿Qué habrá que se te resista?
BARON. Gracias: miro en esta union
el emblema de mi dicha.
JULIAN. (Ap.) No puedo retroceder.
RIC. (Ap.) Me hace daño hasta su vista.
JUAN. Den ustedes al Baron
la enhorabuena cumplida.
Su boda con Enriqueta
ya como un hecho se indica.
BARON. Que admito de tu amistad,
nunca, Julian, desmentida.
JULIAN. Para que ese juramento
pueda mentir á esa niña
falta saber si al Baron
le deja mi espada vida.
ART. y JUAN.—¿Cómo?
RIC. ¡Qué escucho!
BARON. Julian,
tus frases no se me explican.
RIC. (Ap. á Julian.)
(¡Por Dios!)
JULIAN. (Ap. á Ricardo.)
Calla.
ARTURO. (Ap. á Juan.)
Ya lo sabe.
JULIAN. (Ap.) (Valor. Tú lo quieres, Luisa.)
De mi propia afrenta juez,
aqui mi voz te acrimina
pidiéndote estrecha cuenta
de mi honor que has hecho trizas.
BARON. ¿Yo?
ARTURO. Vamos, no es conveniente
que los demas se aperciban...
BARON. Sabe, Julian, que tu esposa
respeto solo me inspira,
que tu amistad es un dique,

que mi nobleza lo esquiva.

JULIAN. Hoy tu blason le conviertes
en padron de la ignominia
si á los que el triunfo pregonas
les muestras tu cobardia.

BARON. ¡Julian!

JULIAN. Si al sordo murmullo
que en los salones se agita,
no bastara el agregar
esa impúdica sonrisa
con que á mi paso las gentes
celebran tu accion indigna,
harto dice en mi favor
lo que sin hablar indica,
esa flor con que te adornas
y que tu calumnia anima.
Que va al par que su perfume
difundiendo mi ignominia.
Y puesto que ella es, Baron,
tu lengua que me mancilla,
mira en mi justa ansiedad,
y en mi afan por escupirla,
cómo la arrancan mis manos
y cómo mis pies la pisan.
(Le arranca la flor y la pisotea.)

BARON. Basta ya: estoy á tus órdenes.

JUAN. Modera, Julian, tus iras.

ARTURO. Una mala inteligencia
sin duda tus frases dicta.

BARON. Es inútil: sus palabras
son por demas ofensivas,
y el dudar de mi valor
ha de costarle la vida.
Dejadle.

ARTURO. ¡Baron!

BARON. Venid.

JUAN. (Ap. á Julian.)
Mas considera...

ARTURO. (Id.) Medita...

JULIAN. Idos: no hagais que mi mano
tambien en su rostro imprima.
(Váse el Baron riendo, seguido de Juan y Arturo.

ESCENA XI.

JULIAN y RICARDO.

JULIAN. Cúmplanse nuestros destinos:
luchar siempre es un consuelo.
Tú y el Marqués en el duelo
me servireis de padrinos.

RIC. Si ella culpable no fué,
y al causarte ese dolor
no te ha robado su amor,
¿por qué te bates, por qué?
Eso es prestar á mi juicio
á aquellos que te deprimen
el placer de ver un crimen
despues de aplaudir un vicio.

JULIAN. No puede evitar el reto
quien la voz del mundo escucha;
y ademas que en esta lucha
me propongo un doble objeto.
Al par que al calumniador
le castigo segun ves,
tambien obligo al Marqués
á que destruya su amor.
Que á un vil cálculo sujeta
fué su calumnia declaro,
y ya inocente, está claro,
te casas con Enriqueta.

RIC. ¡Ah, Julian! tamaña accion
te hace á mis ojos gigante:
te admiro; pero no obstante
rechazo esa abnegacion.
Cuanto arguyas será en vano,
que antes á todo me obligo.
Julian, tú no eres mi amigo,
desde hoy mas eres mi hermano.
Lo primero es impedir
ese duelo.

JULIAN. No, detente.

RIC. Julian, desprecia á esa gente;
yo no te dejo batir.

JULIAN. No; me juzgarán cobarde.
RIC. Y si él te mata inclemente,
dirán que eres un valiente,
pero lo dirán muy tarde.
JULIAN. ¿Y tu amor?
RIC. Todo se olvida:
no importa.
JULIAN. Ven, por favor.
RIC. Calla: si es grande mi amor
es mas preciosa tu vida.

ESCENA XII.

JULIAN.

Corred, vuestro afan es vano:
como autómatas no veis
que tan solo obedeceis
al impulso de mi mano.
¿Qué importa que me denigre
si á mi voluntad se agitan
y hasta en el duelo me evitan
que mi existencia peligre?
¿Se opuso Luisa? mejor.
Calumnia arguyo; le reto,
y asi consigo mi objeto
como guarda de mi honor.
Desprecio atroz, insultante
asi hácia el Baron infundo,
mientras que yo para el mundo
logro hacerme interesante.
Si al Marqués á cualquier precio
llego lástima á inspirar,
¡qué envidia os he de causar
con mi insultante desprecio!
Para salvar este abismo
me sobran fuerza y poder.
Voy á tener el placer
de superarme á mí mismo.

ESCENA XIII.

JULIAN y el MARQUÉS.

MARQ. Julian, ¿son ciertas las voces
que entre esas gentes circulan?
JULIAN. Silencio, Marqués, silencio;
no aumente usted mi amargura.
MARQ. Pero ese duelo en mi casa...
JULIAN. Terrible ha sido mi lucha;
mas de mi honor los girones
eran mordaza muy dura.
Si usted benigno, Marqués,
mi justo arrebato excusa,
no me niegue usté el honor
de apadrinarme en la lucha.
MARQ. Si es tan solo el amor propio
quien á vengarse le impulsa,
desisto; si es el dolor,
no hallo venganza mas justa.
JULIAN. ¿Y qué me importa á mí el mundo
cuando es él quien me tortura?
Usted no puede, Marqués,
poner mi dolor en duda.
Si el grito del deshonor
en nuestros oidos zumba,
no es que del mundo temamos
ser el blanco de las burlas,
es que el hombre en su dolor,
si perdido su amor juzga,
prefiere morir cien veces
á perder tanta ventura.
MARQ. (Ap.) ¡Pobre Julian! hoy sus faltas
con fieros pesares purga.
JULIAN. Es que piensa en los instantes
en que á su pecho, confusa
la lengua de una mujer
pagaba amor con usura.
Amor que es el dulce soplo
que su existencia perfuma,
por quien su ser sacrifica,

por quien sus ojos se nublan,
por quien hasta olvida el hombre
de una madre la ternura.
Y el pensar que á esa mujer
un calumniador la insulta,
presentándola ante el mundo
de todo encanto desnuda,
y que el giron de su honor
que arrancó su lengua inmunda
aunque se adquiera con sangre
queda un remiendo, me asusta.

MARQ. Calme usted su agitacion,
pobre Julian.

JULIAN. (Ap.) (Ya no duda.)
¡Permita Dios que á lo menos
en este duelo sucumba!

MARQ. No, Julian, es imposible:
no debe efectuarse nunca.

JULIAN. Sin honor, porque las gentes
el mio pondrán en duda,
¿qué he de esperar? ¿qué me importa
no ser vencido en la lucha?
Peregrino en tierra extraña
aguardar que en mi amargura
mi existencia dolorida
lentamente se consuma.
Sin los brazos de un amigo
donde mi vergüenza encubra,
me horroriza el porvenir
y la existencia me abruma.

MARQ. Piense usted que esas palabras
tal vez á alguno calumnian.

JULIAN. (Con fingida emocion.)
¡Marqués!

MARQ. (Con espansion.) No es honrado el hombre
que el llanto ageno no enjuga.
Julian, estos son mis brazos;
mi familia es ya la suya.
Pronto conmigo á Inglaterra,
con tan feliz coyuntura,
podrá en negocios de estado
venir á olvidar su angustia.

JULIAN. Gracias, Marquée. (Vencí: temo
que el gozo no me descubra.
Cuando contemplo á estos hombres,
pigmeos se me figuran.)

ESCENA XIV.

DICHOS, RICARDO, JUAN y ARTURO.

ARTURO. Es inútil: el Baron
no desiste de su empeño.
RIC. Pues es preciso evitar
á toda costa ese duelo.
JUAN. Como Julian no retire
sus ofensivos denuestos,
el Baron de ningun modo
desistirá de su empeño.
JULIAN. Si él me busca, á todas horas
me encontrará en mi terreno.
ARTURO. Nosotros como padrinos
del ofendido impondremos
las condiciones del acta
que determinen el duelo.
MARQ. ¿Quién ha visto que al señor
imponga leyes el siervo?
Harto es el Baron honrado
con tomar parte en el reto.
JUAN. Aquí está con Enriqueta.
MARQ. (Ap.) ¡Mi hija!
RIC. (Ap.) ¡Enriqueta!
JULIAN. (Ap. á Ricardo.) ¡Silencio!

ESCENA XV.

DICHOS, el BARON y ENRIQUETA. Enriqueta apoyada en el brazo del Baron, sumamente abatida.

ENRIQ. (Ap.) No puedo mas.
BARON. Ya, señores,
que congregados nos vemos,
y público puedo hacer
el afan que experimento,

con orgullo á vuestros ojos,
su atencion agradeciendo,
la futura baronesa
de San Marcial os presento.

ENRIQ. ¡Ah!

RIC. (Ap.) ¡Su esposa! ¡Julian!

JULIAN. (Ap. á Ricardo.) Calla.

MARQ. Jamás, Baron: yo no acepto.

ENRIQ. (Con alegria desasiéndose de los brazos del Baron.)
¡Ah!

BARON. ¿Cómo?

RIC. (Ap. á Julian.) Gracias, Julian.

JULIAN. (Ap.) ¡Cómo me gozo en sus duelos!

MARQ. El hombre que aspire á ser
de tantas virtudes dueño
debe mirar que mis canas
honra piden lo primero;
y al admitir sus amores
me quita usted la que tengo.

BARON. ¡Marqués!

MARQ. Mire usté á Julian
y dígame usted que miento.

RIC. (Ap.) El grito de su conciencia
ya ha resonado en su pecho.

ENRIQ. ¡Padre!

BARON. ¡Marqués!

ARTURO. (Ap. á Juan.) ¡Qué bochorno!

JULIAN. (Ap.) ¡Qué medido está el terreno!

ESCENA XVII.

DICHOS y LUISA.

TODOS. ¡Luisa!

JULIAN. (Ap.) Acabemos.

LUISA. ¿Qué pasa?

JULIAN. (Ap. á Luisa.)
(Calla, ó me vas á perder.)
—No puedes permanecer
ni un momento en esta casa.

LUISA. ¿Cómo?

JULIAN. De nuestros destinos

cumplióse ya la mision.
Señores... (Saludando.)

LUISA. ¡Julian!

JULIAN. Baron,
te mandaré mis padrinos.

LUISA. ¡Un duelo!

JULIAN. (Asiéndola por la mano.)
Ven.

LUISA. Un momento.

JULIAN. Ven.

LUISA. (Viendo la flor.)
Ese duelo... esta flor...
¡Aqui juegan con mi honor!

JULIAN. Vamos.

LUISA. Enriqueta, ¿miento?

JULIAN. (Ap. á Luisa.)
¡Calla!

LUISA. (Á Enriqueta.)
Dime, ¿es cierto?

ENRIQ. Si.

LUISA. (Á Julian.)
¡Monstruo!

JULIAN. Ven, Luisa.

LUISA. Jamás. ¿Pues á quién respetarás
si me deshonras á mí?

TODOS. ¿Cómo?

LUISA. Yo soy inocente;
escuchad.

JULIAN. (Ap. á Luisa.) ¿Qué vas á hacer?

LUISA. Lo que hace toda mujer
que no ha manchado su frente.
Ese monstruo en su ambicion,
que á toda ambicion supera,
pretendió que yo fingiera
frívolo afecto al Baron.
Y al mirarme de honor rica
negarme á ponerle en juego,
con caractéres de fuego
vil mi deshonra publica.
Con tal de que el fruto cobre,
¿qué habrá que su orgullo venza,
cuando esto no le avergüenza

y le avergüenza el ser pobre?
Si, mi fausto, mi esplendor,
desprecio solo me inspira;
todo es oropel, mentira,
yo no tengo mas que honor.
Yo vengo á reclamar honra,
porque ella mi pecho ensancha;
que la pobreza no mancha,
pero mancha la deshonra.
Y ahora que al velar por ella
ningun peso aqui me oprime, (Al corazon.)
si tienes conciencia, dime,
Julian, ¿cómo estoy mas bella?
(En un arranque de sublime inspiracion.)

TODOS. ¡Ah!

JULIAN. Su labio me infamó.

RIC. En vano tu afan se esfuerza.
Ahora te bates por fuerza,
porque te lo mando yo.
Y á ser el Baron, opino
que destilando esta hiel,
trocara hasta mi papel
en el de infame asesino.
Mi voluntad no hay quien venza.
Al campo, vil seductor, (Al Baron.)
si es que al perder el honor
le ha quedado á usted vergüenza.
(Ricardo arroja fuera á Julian y al Baron, á quienes siguen Arturo y Juan.)

JULIAN. Vamos.

BARON. Vamos.

RIC. No te pares:
la voz de Luisa te reta.

LUISA. Vente conmigo, Enriqueta:
por Dios, no me desampares.
(Enriqueta se la lleva por la puerta izquierda.)

RIC. ¡Marqués!

MARQ. En mi honda inquietud
yo me abismo y me confundo.

RIC. Ya he visto que en este mundo
no es todo vicio, hay virtud;
que apenas da de sí indicio

con la luz que nos envia,
porque le falta osadia
para dominar al vicio.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala ó pieza principal de un sotabanco de humildísima apariencia. Puertas laterales, y en el fondo, por donde se ven otras que se supone pertenecer á otros cuartos. El mueblaje y los accesorios por su abstraccion, deben imprimir al conjunto el carácter de decadencia en que se halla sumido Julian.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, sentada, sumida en un profundo abatimiento, y contrastando la humildad de su traje con el lujo del de los actos procedentes.

LUISA. ¡Qué noche tan espantosa!
Del corazon hecho añicos
no basta á calmar la angustia
todo el llanto que he vertido.
Yo he velado por mi honor
salvando su horrible abismo;
¡pero Julian... ese duelo
que de mi arrebato es hijo!
Si en él sucumbe por mí
¿no es mi virtud un delito?
Nadie viene; esta tardanza
me asesina, es un suplicio.
¡Alguien sube! ¡Es uno solo!
(Aplicando el oido.)

Si es Julian, no viene herido.
Temo verme en su presencia.
Ya se acerca. ¿Qué vacilo?
Acabemos.—Ya está aqui.
(Abre la puerta de par en par. Aparece Enriqueta dispuesta á llamar en la de enfrente, y al ruido que hace Luisa, se vuelve y se precipita cariñosamonte.)

ESCENA II.

LUISA y ENRIQUETA, seguida de un lacayo que á una indicacion suya se retira.

ENRIQ. ¡Luisa!
LUISA. ¡Enriqueta! Respiro.
(Luisa se arroja llorando en brazos de Enriqueta.)
ENRIQ. ¡Infeliz! Llora en mis brazos.
LUISA. Perdóname si te aflijo.
Mis lágrimas, Enriqueta,
necesitan un testigo.
ENRIQ. Vertiéndolas en mi seno
las recoge mi cariño.
LUISA. ¿Y Julian?
ENRIQ. Nada sé de él.
LUISA. ¿Pero á tu padre no has visto?
ENRIQ. No.
LUISA. ¡Qué horrible situacion!
¡Esto es un doble martirio!
ENRIQ. La inquietud que te devora
procura calmar conmigo.
LUISA. Ricardo al dejarme aqui
marchó á ese duelo maldito,
y desde entonces las horas
me estan pareciendo siglos.
¡Si no han podido evitarlo!
¡Si Julian víctima ha sido!
Enriqueta, esto es horrible;
no hay frases para decirlo.
Pero dime; tú hasta aqui
¿cómo llegar has podido?
Ricardo...
ENRIQ. La caridad

me ha señalado el camino.
Miembro de una asociacion
domiciliaria he venido
á visitar á una enferma
que está en el cuarto contiguo.
Iba á llamar y te ví. (Tomándole las manos)
¡Pero estás yerta de frio!
¡La rigidez de tus manos
es horrible!

LUISA. (Ap.) ¡Qué suplicio!

ENRIQ. ¿Qué tienes?

LUISA. ¿Me lo preguntas?
¿Pues tus ojos no lo han visto?
Tiéndelos en derredor
y encontrarás el indicio
de la espantosa miseria
que es de mi llanto testigo.

ENRIQ. ¡Pobre Luisa! ¡esto es atroz!
Yo no puedo consentirlo.
Por esos rotos cristales
entra el viento enrarecido
y peligra tu salud.
Vas á venirte conmigo.
En el fondo del carruaje
no escucharán tus gemidos,
y ya en casa entre mis brazos
podrás ahogar los suspiros.

LUISA. No, Enriqueta.

ENRIQ. No supongas
que te humilla mi cariño.
¿Por qué tambien como anoche
te opones á mi designio?

LUISA. Me es imposible.

ENRIQ. ¿Por qué?
No llores y di el motivo.

LUISA. Porque al ir yo secundando
de Julian el plan maldito
tratabamos de ocultar
del lujo entre el falso brillo
la pobreza que el orgullo
la hace ser madre del vicio;
y al imponernos la ley

de relegarla al olvido,
tambien tuvieron los padres
que olvidarse de sus hijos.

ENRIQ. ¿Tienes hijos?

LUISA. Una niña
que es mi afan, que es mi delirio.
Y Dios, como la amo tanto,
va á quitármela en castigo.

ENRIQ. ¡Luisa, por Dios!

LUISA. ¡Hija mia!

ENRIQ. Puede que tú sin motivo
te alarmes.

LUISA. No; se me muere,
y es su padre su asesino.

ENRIQ. Pues tu verás como en casa
con el cuidado excesivo
que, libre de privaciones,
la tendrá nuestro cariño,
podrá volver á la vida.
Te lo ruego, te lo exijo.

LUISA. ¡Si está tan débil!

ENRIQ. No importa.
Bien tapada con mi abrigo
la bajará Tom en brazos.

LUISA. ¿Pero y Julian?

ENRIQ. Mas insisto.
¿Qué esperas tú ya de un hombre
que acepta ese sacrificio?
Ven: yo necesito verla.

LUISA. Espera. ¿No sientes ruido?

ENRIQ. No.

LUISA. Me engaña la ilusion.

ENRIQ. Ven.

LUISA. ¡Ampárale, Dios mio!

ESCENA III.

RICARDO, por el foro.

RIC. ¡Aun no ha vuelto! ¡Es singular!
Luisa le espera allá dentro,
y sin embargo me encuentro

la puerta de par en par.
Comprendo ya su insistencia
en querer solo volver:
le da vergüenza el tener
que mostrarme su indigencia.
(Mirando alrededor.)
Y aunque la quiere ocultar
en este supremo instante,
se la he de poner delante
para hacerle avergonzar.
Luisa debe estar inquieta
por el fin de esta aventura.
Corro á calmar su amargura.

ENRIQ. (Saliendo.)
Vuelvo al instante.

RIC. (Al verla.) ¡Enriqueta!

ESCENA IV.

RICARDO, ENRIQUETA.

ENRIQ. Silencio.

RIC. De un ser amante
¿quién los impulsos reporta?

ENRIQ. Vine...

RIC. ¡El cómo qué me importa
si la tengo á usted delante!
Calme usted su agitacion:
es que el suyo ha contestado
porque á gritos le ha llamado
mi aflijido corazon.

ENRIQ. ¿Pero Julian ..

RIC. Ha vencido.

ENRIQ. ¿Y el Baron?

RIC. ¡Terrible escena!
el Baron sobre la arena
calló mortalmente herido.

ENRIQ. ¡Ah!

RIC. Si vive ha de aprender
lo que cuesta el calumniar,
y el no saber respetar
el honor de una mujer.
Ya que asi le despedaza,

al manar por ancha veta
su propia sangre, Enriqueta,
le ha de servir de mordaza.

ENRIQ. ¡Infeliz!

RIC. ¡Es muy cruel!
Mas calme usted su quebranto,
pues me hace mal hasta el llanto
que derrama usted por él.

ENRIQ. Adios, Ricardo; no mas.

RIC. ¡El llanto sus ojos baña!
Hoy mismo salgo de España
para no volver jamás.
Pero antes júreme usté
que no ha de olvidar al hombre
que bendiciendo su nombre
sella con llanto su fé.

ENRIQ. Si; lo juro por mi madre.

RIC. Que nos bendiga á los dos.

ENRIQ. Adios.

RIC. Enriqueta, adios.

(La toma le mano, y al besársela se abre la puerta del foro apareciendo en ella el Marqués.)

ENRIQ. (Viendo al Marqués.)
¡Cielos!

RIC. ¡El Marqués!

ENRIQ. ¡Mi padre!

ESCENA V.

DICHOS y el MARQUÉS.

MARQ. (Á Enriqueta.)
Elocuente es el silencio.
Di: mi carruaje á la puerta
¿le habrá servido á tu padre
para indicio de su afrenta?
Cuando de hallarte confuso
subo en tu busca, Enriqueta,
¿te han de descubrir mis ojos
con tan dudosa apariencia?

RIC. Marqués, borre usted la imágen
de tan injusta sospecha,
porque mi honor la rechaza,

y antes que este su inocencia.

MARQ. En vano la causa inquiero
que me explique tal escena.

ENRIQ. El pan de la caridad
dispensando á la indigencia
vine á ese cuarto contiguo
donde una anciana se alberga.
Pero pálida y llorosa
sobre el umbral de la puerta
me tendió Luisa los brazos,
y á calmar vine su pena.

MARQ. ¡Luisa aqui!

RIC. Rica de honor
en la espantosa miseria
que Julian por encubrir
rechaza nuestra presencia.

MARQ. Su conducta es criminal.
¿Pero y Luisa? quiero verla.

ENRIQ. En este instante imposible:
fuera aumentar mas su pena.

MARQ. ¿Pero Ricardo...

RIC. Marqués,
la herida que tengo abierta
mas se va ahondando á medida
que su causa se recuerda.
Mañana, tal vez hoy mismo,
debo partir para Viena.

ENRIQ. Padre, vamos.

MARQ. Procuremos
dar al olvido unas quejas
que tal vez las siente mas
aquel que menos las mienta.
Ricardo, sin que mis frases
ninguna esperanza envuelvan,
demore usted su partida.
Démosle cima á una empresa.
Julian...

RIC. Hoy mismo he de hacer
que se humille en mi presencia;
y para abatir su orgullo
mi justo enojo le espera.

MARQ. No es prudente: va á venir,

y el peso de su conciencia
necesita una expansion
de esas que solo se encuentran
en los brazos de una esposa
que limpia su frente enseña.
No lejos la caridad
reclama nuestra presencia:
vamos.

RIC. (Excusándose.) Marqués...

ENRIQ. (Ap.) ¡Infeliz!

MARQ. Vamos.—(Ap. á Ricardo) No por mí; por ella.
(Vánse por el foro.)

ESCENA VI.

LUISA y á poco JULIAN.

LUISA. (Sentándose muy abatida.)
En vano el reposo intentas
fijar; sus huellas se borran.
Cuando una quiere que corran
pasan las horas mas lentas.
Pero Julian... ¡yo deliro!
si en su arrebato despues...

JULIAN. (Entrando precipitadamente, y cerrando la puerta despues del no de Luisa.)
¡La librea del Marqués!

LUISA. ¡Ah!

JULIAN. ¿No vino? (En voz baja.)

LUISA. No.

JULIAN. Respiro.
(Se quita el gaban, que deja sobre una silla, y queda vestido con el traje de los actos precedentes.)

LUISA. ¿No vienes herido?

JULIAN. (Rechazándola.) Quita.

LUISA. El cielo escuchó mis voces.

JULIAN. Vete, Luisa: ¿no conoces
que tu presencia me irrita?

LUISA. ¡Julian!

JULIAN. Luisa, por favor,
quítate de mi presencia,
que me cuesta gran violencia

poner coto á mi furor.
¿No te avergüenza el murmullo
que produjo tu altivez?

LUISA. Á mí, Julian, la honradez
tan solo me inspira orgullo.

JULIAN. Vamos, bien, Luisa; no hay medio:
no me obligues á que insista:
déjame, porque tu vista,
sin querer, me causa tédio.
Pues di fin á mi papel
en esa farsa social,
ya que soy quien sufre el mal
déjame luchar con él.
(Viéndola llorar.)
Llora, si: dame otra escena.

LUISA. Con llanto mi rostro inundo
porque miro que en el mundo
de nada sirve el ser buena.

JULIAN. No vayas buscando el modo
de encontrarle el prisma bello,
porque cuando pienso en ello
me encuentro capaz de todo;
hasta de odiar tu conciencia,
que un grito vino á lanzar
cuando ya te iba á arrancar
del poder de la indigencia.
Mil risueñas ilusiones
con tus dicterios villanos
me robaste, entre las manos
dejándome sus girones.

LUISA. Pero, Julian, nuestra hija...

JULIAN. Por ella eres criminal.
¿Qué harás cuando de su mal
estrecha cuenta te exija?
Dirá la honrada mujer
al escuchar su estertor:
¿tienes hambre? toma honor:
y la verás perecer.

LUISA. Basta: ya miro que aun pugnan
tus pasiones por triunfar,
y observo que á mi pesar
tus palabras me repugnan.

Al borde de un precipicio
su planta desliza el hombre
que sin comprender su nombre
ha divinizado el vicio.
Pero aunque camine en pos
de tan cínica demencia,
yo obedezco á mi conciencia,
porque antes que el hombre es Dios.

JULIAN. ¡Luisa!

LUISA. De que no hay quien venza
tu altivez miro el indicio,
porque tú, Julian, el vicio
compraste con la vergüenza.
Mas cuando mi voz te rete,
verdugo de tu familia...

JULIAN. ¡Luisa!

(Amenazándola en un rapto de furor. En este momento se oyen varios golpes en la puerta.)

El infierno te auxilia.

LUISA. No, Julian, Dios.

JULIAN. Vete, vete.

(Conduce violentamente á Luisa á su cuarto, y se dirige á abrir la puerta del foro, con cierto retraimiento que indique su repugnancia y asombro.)

ESCENA VII.

JULIAN y RICARDO.

JULIAN. ¿Quién podrá ser? Mi pie tardo
camina con paso incierto.
¿Si alguien me habrá descubierto?
No es posible.—¿Quién?—¡Ricardo!

(Abriendo la puerta de par en par, que cierra Ricardo tras sí.)

RIC. ¿Te admiras de verme?

JULIAN. Si.
¿Mas cómo...

RIC. Tu afan reporta;
pues ya el cómo nada importa
supuesto que estoy aqui.

JULIAN. ¿Te has convertido en mi juez?

RIC. Puede.
JULIAN. ¿Ó es que á Luisa al paso
del duelo trajiste?
RIC. Acaso.
JULIAN. ¡Me han sorprendido!
RIC. Tal vez.
JULIAN. ¿Quien mis umbrales traspasa
no abusa de mi favor?
RIC. Puede que tengas valor
de arrojarme de tu casa.
JULIAN. Yo no he dicho...
RIC. Mas yo si;
que aunque el decirlo dé pena,
menos cualquier accion buena
todo, Julian, cabe en tí.
Siéntate.
JULIAN. ¿Pero la causa
no sabré de tu venida?
RIC. Siéntate, porque á tu vida
le vendrá bien esta pausa.
Si mis frases te deprimen
calla aunque te suenen mal;
porque es ley que el criminal
nunca conozca su crimen.
Y aun juzgo que no hay quien venza
tu instinto vil, repugnante,
cuando al tenerme delante
no te mueres de vergüenza.
JULIAN. Medita con detencion
antes que tus labios abras,
porque tan duras palabras
exigen explicacion.
RIC. La verdad no tiene duda;
solo medita el que miente:
cuando el corazon lo siente
la frase sale desnuda,
como las que Luisa ayer
dejó en tu conciencia escritas.
Julian, si el honor le quitas,
¿qué le queda á la mujer?
JULIAN. De contrariarte no trato
porque es justo tu reproche;

pero en el lance de anoche
no miraste en tu arrebato
que al proclamarse inocente
de algun modo, á no dudar,
se habia de vindicar
delante de aquella gente.

RIC. Julian, tú estás delirante.
¿Cómo quieres que me asombre?
Tanto cinismo en un hombre
ya llega á ser repugnante.
Si atrevido se levanta
de tu crimen al arrullo,
hoy tu miserable orgullo
vengo yo á hollar con mi planta.
De tu vida los abrojos
te ocultan el precipicio.
¿Por ventura de tu vicio
no son testigo mis ojos?
En tu porte, en tu altivez,
¿no miro que hambre ocultando
vas tu desnudez tapando
con tu propia desnudez?
¿Y aun vas de su afrenta en pos
y sus lágrimas provocas!

JULIAN. ¡Dios mio!

RIC. ¿Por qué le invocas
si tú no temes ni á Dios?
Y óyeme mal que te cuadre:
quien su honra asi ha deprimido,
hasta debe de haber sido
mal hijo para su madre.
¿Tiemblas? Tu vista confusa
respuesta es harto elocuente,
y escrito miro en tu frente
que tu conciencia te acusa.
Si te he calumniado, dilo,
para pedirte perdon.
Responda tu corazon.
(Poniéndole la mano en el pecho.)
¿Ves, Julian? no está tranquilo.

JULIAN. Si, Ricardo; mas detente;
que aunque mis culpas deplore,

por piedad, que el mundo ignore
que ante tí bajé la frente.

RIC. ¿Crees que á muerte te sentencias
si pobre al mundo te exhibes!
Pero, Julian, ¿cómo vives
sin luz, sin fé, sin creencias?

JULIAN. Porque á otros hombres contemplo
que igual senda que yo siguen;
y como su afan consiguen
trato de imitar su ejemplo.
La mentira entre nosotros
es verdad si es oportuna:
unos mienten con fortuna,
y como yo mienten otros.
Y si el plan que fraguar supe,
por dicha no fracasara,
no enrojeciera hoy mi cara
quien de ese modo la escupe.

RIC. Pero al ver estos despojos,
tal miseria... me confundo!
¿cómo viviendo en el mundo
la has ocultado á sus ojos?

JULIAN. Porque en vano el golpe esquivas
que el sino te preparó.
Los que viven como yo
tienen mil alternativas.
Mi desgracia es muy reciente;
mas como mi pecho oprime
hice un esfuerzo sublime
para arrostrarla de frente.
Vencido ya, inútil es...
Todo medio está agotado;
y al fin en mi se ha cebado
de la manera que ves.

RIC. Y tú, Julian, ¿qué partido
piensas tomar en tal trance?

JULIAN. Pensé morir en el lance;
pero Dios no lo ha querido.

RIC. ¿Pero habrás tomado en cuenta
tu porvenir?

JULIAN. No.

RIC. Me extraña.

JULIAN. Pensaba lejos de España
partir á ocultar mi afrenta,
pero... (Fingiendo contener una lágrima.)
RIC. (Ap.) Una lágrima oscila
en sus ojos.
JULIAN. (Con abatimiento.)
¡Qué consigo!
Ya no me queda un amigo.
RIC. (Ap.) ¡Pobre Julian!
JULIAN. (Ap. con alegria.)
(Ya vacila.)
Daré rienda á mi quebranto
hasta que apure sus heces.
RIC. (Tras breve pausa.)
Me has mentido tantas veces
que dudo hasta de tu llanto.
Por supuesto tu partida,
caso de que se efectuara,
¿los ímpetus no calmara
de tan azarosa vida?
JULIAN. (Ap.) (Ya es mio.)—No; mi conciencia
me acusa con tal encono,
que mas glorias no ambiciono
que una tranquila existencia,
trocar mi llanto en sonrisa;
y si Dios me oye benigno,
ser al perdonarme digno
del cariño de mi Luisa.
Que si tras males insanos
llega uno el bien á tocar,
teme que hasta al respirar
se vaya de entre las manos.
(Con marcada intencion.)
RIC. (Con resolucion.)
Partirás hoy mismo.
JULIAN. ¿Si?
te bendigo, te venero.
RIC. No, Julian; es porque quiero
tenerte lejos de mí.
Partirás adonde quieras,
que á ello mi deber me obliga.
Luego, el cielo te bendiga

si por fin te regeneras.
JULIAN. Me has sacado de un abismo.
RIC. Adios: no tardo en volver.
Este hombre es capaz de hacer
que dude hasta de mí mismo.

ESCENA VIII.

JULIAN.

JULIAN. Ya respiro libremente:
si: me marcho á su pesar
sin tenerme que humillar,
delante de aquella gente.
Allí realizo mi sueño.
Vuelvo á respirar mejor.
Cuanto miro en derredor
se me figura pequeño.
Me he de igualar á esos seres
que vejetan sin saber,
que este mundo por do quier
está brindando placeres?
No, jamás; es imposible
sabiendo raciocinar.
Dios debió hacer á la par
al hombre pobre insensible.
(Llamando.) ¡Luisa!—Si á esta con cariño
la consigo convencer...
Mintamos. Á la mujer
se la engaña como á un niño.

ESCENA IX.

JULIAN y LUISA.

LUISA. Julian, ¿me llamabas?
JULIAN. Sí:
tengo que hablarte. (¡Valor!)
(Viéndola llorar.)
Calma, Luisa, tu dolor,
y siéntate junto á mí.
—Puesto que de aquella gente

ya libres por fin nos vemos,
hoy, mas tranquilos, hablemos
íntima y sinceramente.

LUISA. Ya te escucho.

JULIAN. Tu quebranto
desde este momento olvida,
porque á costa de mi vida
quisiera enjugar tu llanto.

LUISA. ¡Ay, Julian!

JULIAN. ¿Qué has de decirme
que no aumente mi afliccion?
Si, Luisa, tienes razon
hasta para maldecirme.
El que vive entre el placer,
aunque el bien se le recuerde,
no sabe hasta que la pierde
cuánto vale la mujer.
Con falsa ilusion su calma
principia por alterar,
y acaba por olvidar
los puros goces del alma;
ese dulce sentimiento
que cual flor de rica esencia,
al brotar en la existencia
la perfuma con su aliento;
que el hombre como el quebranto
en lágrimas le convierte;
pero que avaro las vierte
para que dure aquel llanto.
Confuso ante tí le invoco.

LUISA. (Conmovida.)
¡Julian!

JULIAN. ¿Lloras?

LUISA. De placer,
de alegria. ¡La mujer
es tan feliz con tan poco!

JULIAN. ¿Con que mi culpa el perdon
alcanza que solicita?

LUISA. ¡Si el perdon le necesita
mi angustiado corazon!
Si tú no sabes, Julian,
mi pena en esos instantes;

ni hallo palabras bastantes
con que pintarte mi afan,
al ver que mi desacierto
comprometió tu existencia.
¡Ay! ¡me mata la conciencia
si en el lance quedas muerto!
Olvidemos ya esta pena
y nuestros mútuos deslices.
¡Vamos á ser tan felices!

JULIAN. (¡Nunca la soñé tan buena!)
Tú conmigo convendrás
que, á fin de evitar mas saña,
preciso es salir de España
para no volver jamás.

LUISA. Á tu propósito accedo;
pero...
(Como indicándole la imposibilidad de verificarlo, á lo que Julian contesta con un gesto de satisfaccion.)
No busques el modo.
Mira que á pesar de todo
sin querer te tengo miedo.

JULIAN. Desecha todo temor,
que ningun proyecto abrigo.
Ricardo, mi buen amigo,
me dispensa este favor.
No hallo gratitud bastante
con que poderle pagar.

LUISA. ¿Y cuándo piensas marchar?

JULIAN. Hoy mismo, Luisa, al instante.

LUISA. Bendeciremos los dos
al que enjuga el llanto ageno.
¿Lo ves, Julian? al que es bueno
no le falta nunca Dios.
Pero ¡ay! con tanta alegria
me olvido lo mas sensible.
Partir hoy es imposible.

JULIAN. ¿Cómo? ¿por qué?

LUISA. Por Maria.
Caro paga tu extravio.

JULIAN. Pero no hay modo de hacer...

LUISA. ¡Si no se puede mover!
da lástima el ángel mio.

JULIAN. (Con miedo.)
¿Se muere?
LUISA. No.
JULIAN. (Ap.) ¡Qué tortura!
¿Pero hay peligro?
LUISA. Tampoco.
¿Pero te parece poco
la tos y la calentura?
JULIAN. Como anoche la dejaste
por el maldecido afan
del baile...
LUISA. Por Dios, Julian;
¡si á la fuerza me llevaste!
Sabes que nadie contiene
tu voluntad mala ó buena,
y que nos costó una escena...
JULIAN. ¿Pero la niña, qué tiene?
LUISA. Tiene... no quisiera yo
darte un disgusto...
JULIAN. No importa.
LUISA. Oye y tu ansiedad reporta.
JULIAN. ¿Pero no se muere?
LUISA. No.
Aunque oirlo no te cuadre,
si he de ser franca y leal...
lo que es la culpa del mal
solo la tiene su padre.
JULIAN. ¿Yo?
LUISA. Tú. Porque del placer
la falsa huella buscando
no has visto que ibas matando
la ilusion de tu mujer,
que ya triste y abatida
sufriendo tanto desman
era para mí, Julian,
pesada carga la vida.
Y al hacerme con exceso
recordar mi padecer,
me quitabas el placer
de darle á mi niña un beso.
Que enferma, y sin el arrimo
de su cariñosa madre,

tampoco ha visto en su padre
ni una caricia, ni un mimo.

JULIAN. ¡Maldito mundo!

LUISA. Ademas
de estas razones, ya sabes
que existen otras mas graves.

JULIAN. ¡Luisa!

LUISA. Pero mucho mas.
Ya ves; tu vida azarosa
despues de mil sinsabores,
nos da á palpar los horrores
de una miseria espantosa.
Siempre soñando que alcanzas
ese triunfo maldecido,
por fin nos has reducido
á vivir sin esperanzas.
Justo es que nuestras pasiones
purguemos; pero tortura
que esa pobre criatura
sufra tantas privaciones.
Ahí tienes el ángel mio
que en un dia tan cruel,
la tengo en el cuarto aquel
muriéndoseme de frio.
Ya no hay recursos, Julian,
y el pensarlo me da miedo:
si despierta, hasta ni puedo
darle un pedazo de pan.

JULIAN. (Enjugando una lágrima.)
¡Caro purgo mi delito!

LUISA. ¿Ves? te hago el llanto asomar.

JULIAN. Luisa, déjame llorar
porque bien lo necesito.
Mas Ricardo... Ya me apura...
Si despertase Maria...

LUISA. Julian, calma tu agonia
que hoy se convierte en ventura.
Verás: con ese recurso
podrás su vida salvar,
y lejos de España dar
á la tuya nuevo curso.
Tú te alejas hoy de aqui,

y asi, calmando tu pena,
cuando la niña esté buena
nos uniremos á tí.
Y entonces que ya la calma
nos predisponga al placer,
podrán en tí renacer
los puros goces del alma.
Mil risueñas ilusiones
sucederán á tus males.
libre de farsas sociales
y de agitadas pasiones.

JULIAN. Si, Luisa.

LUISA. Pues felizmente
te vas á regenerar,
tendrás orgullo en ganar
tu sustento honradamente.
Y cuando ya fatigado
de tus contínuas tareas,
entres en tu casa y veas
en nuestro rostro pintado
el gozo que á esas delicias
un puro amor eslabona,
y tu niña juguetona
colmándote de caricias,
comprenderás de una vez
que no hay goce para el alma
como el de la dulce calma
que produce la honradez.

JULIAN. Si, Luisa: me has confundido:
pero en vano inquiero el modo...
Yo lo he dominado todo
y esta mujer me ha vencido.
Yo os sacrifiqué á las dos
y estos recuerdos me oprimen,
porque al conocer mi crimen
empiezo á temer á Dios.

LUISA. Con razon tu vicio afeas
y tu redencion coronas.

(Golpes en la puerta.)

JULIAN. (Con inmensa alegria.)
¡Ah!

LUISA. ¡Ricardo!

JULIAN. (Precipitadamente.)
¿Me perdonas?
LUISA. (Con rubor.)
¿Yo, Julian?
JULIAN. (Besándola la mano.)
¡Bendita seas!

ESCENA X.

DICHOS y RICARDO.

JULIAN. (Abriendo.)
¡Ah! ¡por fin!
RIC. ¡Mucho te apuras
por mi tardanza, Julian!
(Viendo llorar á Luisa.)
¿Qué es eso? ¿llanto?—Á tu afan
no bastan sus desventuras
que aun pretendes aumentarlas?
LUISA. No, Ricardo.
RIC. Al parecer...
LUISA. Son lágrimas de placer
que da pena el enjugarlas.
RIC. Goza el ave de rapiña
destrozando la paloma.
JULIAN. (¡Qué ansiedad!) ¿Y aquello?
RIC. (Sacando unos billetes.) Toma.
LUISA. (Sin poder contener su alegria.)
¡Ay! ¡ya tiene pan mi niña!
(Ricardo que al ir á darle á Julian los billetes oye la exclamacion de Luisa, le detiene, apretándolos convulsivamente entre las manos.)
RIC. ¿Cómo? ¿tienes hijos?
JULIAN. Si:
una hija que es mi conciencia.
RIC. Me voy porque tu presencia
me está avergonzando á mí.
(Hace ademan de salir.)
JULIAN. Ricardo, escucha.
LUISA. ¡Por Dios!
RIC. Pensé al calmar tus afanes
que solo de tus desmanes

erais víctimas los dos.
Pues lo quieres, en el mundo
sufre tus males prolijos:
¡pero inmolar á tus hijos!
eso es ya lo mas inmundo.
Y al tomar tu accion en cuenta
principio por mi favor
negarte, y en mi furor
hacer pública tu afrenta.

JULIAN. No. (Deteniéndole.)

LUISA. ¡Ricardo!

JULIAN. Harto me oprimen
tus frases.

RIC. ¡Tiemblas!—¿Y ayer?
el miedo se ha de tener
antes de efectuar el crimen.

JULIAN. Si, Ricardo, delinquí:
yo me execro y me confundo;
pero que lo ignore el mundo,
no por él, sino por mí.
No es que el orgullo me venza
con su prisma seductor;
es que al perder el honor
me ha quedado la vergüenza.

RIC. Á tus palabras no quiero
dar crédito; es imposible.

LUISA. (Ap.) ¡Qué tormento tan horrible!

RIC. Adios, adios.
(Al ir á lanzarse á la puerta le detiene Julian.)

JULIAN. Yo primero.
Si tu conciencia despues
te acusa sin compasion...
(Teniendo cogida la puerta para abrirla.)

LUISA. (Corriendo á él.)
¡Julian!

RIC. (Deteniéndola.)
¡Si todo es ficcion!
Vamos.

JULIAN. Vamos.—¡El Marqués!
(Abre la puerta de par en par, y aparecen en el foro Enriqueta y su padre. Julian queda sumamente abatido.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el MARQUÉS y ENRIQUETA.

LUISA. (Echándose en sus brazos.)
¡Enriqueta!
RIC. (Al Marqués.)
Mire usté,
y execre usted hasta el nombre
del padre atroz, del vil hombre...
JULIAN. ¡Ricardo!
MARQ. Todo lo sé.
Julian, este pobre anciano
aun resiste á convencerse
de que usted no quiere hacerse
digno de estrechar su mano.
Ya que me lanza usté el reto
con sus acciones villanas,
vengo á ver si con mis canas
puedo infundirle respeto.
Que mal que á su orgullo cuadre
y á su insensata altivez
evoco al trocarme en juez
el recuerdo de su padre.
JULIAN. (Haciendo un esfuerzo.)
Diré sin dar al olvido
las canas que usted ostenta
que yo á nadie rindo cuenta
porque á nadie se la pido.
Y otro que usted pagaria
severamente el desman
de acriminarme...
LUISA. (Ap. á Julian.) Julian,
se ha despertado Maria.
JULIAN. (Declinando su altivez gradualmente.)
(¡Ah!) Pero invoca usté un nombre
en que mi respeto fijo,
y ante el cual todo buen hijo
debe olvidarse que es hombre.
Si, Marqués; en su presencia
no me debo avergonzar,

y hasta fuera indigno ahogar
el grito de la conciencia.

LUISA. (Ap. á Julian)
¡Te llama!

JULIAN. Sordo al deber,
luchando contra mi sino,
en revuelto torbellino
quise mis alas tender,
soñando en mi fantasía
de la ambicion al arrullo,
poder mi insensato orgullo
cimentar en mi osadía.
Y hollé con mi inmunda planta
de mi hija el paterno amor,
inmolando en mi furor
la existencia de esta santa. (Por Luisa.)
Yo maté sus ilusiones,
su existencia acibaré,
y otro grito no escuché
que la voz de mis pasiones,
que al anidar en enjambre
donde el corazon faltaba,
yo á mi familia legaba
la afrenta, el baldon, el hambre.
Ya que al fin el rubor venzo
que de confesar mi dolo
llegué á sentir, hoy tan solo
de publicar me avergüenzo
que yo por mi altivez loca,
para colmo de mi afan,
á mi familia hoy ni pan
puedo llevarle á la boca.
Si este llanto no consigo
que regenere mi ser,
estoy dispuesto á imponer
á mi falta otro castigo.

(Se oye dentro la tos nerviosa de una niña.)

LUISA. (Ap.) ¡Ay! ¡me asesina esa tos!

JULIAN. (Ap.) ¡Cielos!

LUISA. (Ap. á Julian.)
¿Oyes?

NIÑA. (Dentro.) Tengo frio.

LUISA. (Ap. á Julian.)
¡Julian!
JULIAN. (Ap.)
¡Dios mio! ¡Dios mio!
(Dirigiéndose á todos con sublime resignacion.)
¡Una limosna por Dios!
(Julian queda abatido. Enriqueta y Luisa enjugan sus lágrimas, y Ricardo y el Marqués en medio de su afliccion dejan reflejar en su semblante la alegria que experimentan por la redencion de Julian.)
MARQ. Su humildad en este instante
destruye al fin mis enojos.
RIC. ¡Bien, Julian! Ahora á mis ojos
te has levantado gigante.
Mis lágrimas son testigo
de que bendigo tu nombre.
Ese es el padre, el buen hombre,
ese, Julian, es mi amigo.
(Tendiéndole los brazos.)
LUISA. ¡Julian!
RIC. Del honor vé en pos.
JULIAN. ¡Ay, qué calma el bien ofrece,
Luisa!—Ya hasta me parece
que me ha perdonado Dios.
RIC. Al que en trabajos prolijos
con sudor la frente exhibe,
la tierra que le recibe
le da pan para sus hijos.
Á fin de evitar la saña
de ese mundo corruptor,
al amparo de mi amor
saldrás conmigo de España.
JULIAN. ¿Tambien tú?
RIC. (Conmovido.)
Tus aflicciones
quiero calmar... ¿Y qué hacer,
si donde las vi nacer
murieron mis ilusiones?
ENRIQ. (Ap. llorando.)
¡Infeliz!
MARQ. (Id.) ¡Yo me confundo!
JULIAN. (Id.) El amor su pecho inquieta.

RIC. Adios, Marqués; Enriqueta...
(Abraza al Marqués, y al ir á tender los brazos á Enriqueta se contiene.)
No, que lo rechaza el mundo.
MARQ. (Ap.) ¡Dios mio!
LUISA. (Á Enriqueta.) ¡Qué agitacion!
JULIAN. (Ap. al Marqués.)
¿Y la conciencia despues?
Yo he mendigado, Marqués.
MARQ. ¡Hijo de mi corazon!
(Echándose en brazos de Ricardo.)
RIC. ¡Ah! ¡gracias!
ENRIQ. ¿No estoy soñando?
MARQ. Por fin mi inquietud se amengua.
Cuando callaba mi lengua
la pena me estaba ahogando.
JULIAN. Si; porque el hombre anhelante,
ante sus ojos abierto
contempla un vasto desierto
por el cual no vaga errante;
que aunque oculta al peregrino
su vida negro capuz,
tiene aquí el hombre (Al corazon.) una luz
para alumbrar su camino.
Luz cuya eterna presencia
pone al mal su ardiente sello,
luz, en fin, cuyo destello
viene de Dios, la conciencia.

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 14 de Octubre de 1864.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

la.	¿Quién es el padre?	Uno de tantos.
48.		Un marido en suerte.
a de pájaro.	Rebeca.	Una leccion reservada.
ojuelas.	Rival y amigo.	Un marido sustituto.
Polonia.		Una equivocacion.
Emparedada.	Su imágen.	Un retrato á quemaropa.
ico.	Se salvó el honor.	¡Un Tiberio!
ntiende, ó un hom-	Santo y peana.	Un lobo y una raposa.
	San Isidro *(Patron de Madrid)*.	Una renta vitalicia.
ra nobleza.	Sueños de amor y ambicion.	Una llave y un sombrero.
ro lo que reluce.	Sin prueba plena.	Una mentira inocente.
	Sobresaltos de un marido.	Una mujer misteriosa.
		Una leccion de córte.
enmienda.	Tales padres, tales hijos.	Una falta.
revuelto.	Traidor, inconfeso y mártir.	Un paje y un caballero.
or él.	Trabajar por cuenta ajena.	Un si y un no.
s las de honor, ó el	Todos unos.	Una lágrima y un beso.
del Cid.		Una leccion de mundo.
a del jardin.		Una mujer de historia.
allero es D. Dinero.	Un amor á la moda.	Una herencia completa.
tales.	Una conjuracion femenina.	Un hombre fino.
stigo, ó la conquis-	Un dómine como hay pocos.	Una poetisa y su marido.
ta.	Un pollito en calzas prietas.	¡Un regicida!
	Un huesped del otro mundo.	Un marido cogido por los cabe-
o al Coronel!..	Una venganza leal.	llos.
o abarca.	Una coincidencia alfabética.	Ver y no ver.
la mia!	Una noche en blanco	
autor?		Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Medoro.	El mundo á escape.	La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
ena ley.	El capitan español.	La Jardinera *(Música)*
leo.	El corneta.	La toma de Tetuan.
	El hombre feliz.	La cruz del Valle.
a Gitana.	El caballo blanco.	La cruz de los Humeros.
rte.	El Colegial.	La Pastora de la Alcarria.
ra.		Los herederos.
	Harry el Diablo.	
to.	Juan Lanas. *(Música.)*	Mateo y Matea.
uita.	Jacinto.	Moreto. *(Música.*
to, ó el Alcalde pro-	La litera del Oidor.	Nadie se muere hasta que Dios quiere.
	La noche de ánimas.	Nadie toque á la Reina.
	La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.	
	Las bodas de Juanita. *(Música.)*	Pedro y Catalina.
e una ópera.	Los dos flamantes.	Por sorpresa.
y la maja.	La modista.	Por amor al prójimo.
l hortelano.	La colegiala.	
en Marruecos.	Los conspiradores.	Tal para cual.
la ratonera.	La espada de Bernardo.	
nono.	La hija de la Providencia.	
carnaval.	La roca negra.	Un primo.
drama lírico.)	La estátua encantada.	Una guerra de familia.
de la Rioja *(Música)*	Los jardines del Buen Retiro.	Un cocinero.
e de Letorieres.	Loco de amor y en la córte.	Un sobrino.
	La venta encantada.	Un rival del otro mundo

cion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, ndo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered.de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H de Rodriguez
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.